

Tiempos de Transición



Oswaldo Rebolleda

Tiempos de Transición



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
Con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la reproducción parcial o total, la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sin al menos mencionar la fuente, como una forma de honrar el trabajo y la dedicación que dio vida a este material.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **CAP**

Revisión literaria: **Edith del Carmen Saldivia**
Centro de Adoración Patagónica (Sarmiento)

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

Contenido

Introducción.....	5
Capítulo uno	
Las transiciones según Dios.....	11
Capítulo dos	
Transición hacia la Justicia.....	24
Capítulo tres	
Transición hacia la Libertad.....	36
Capítulo cuatro	
Los hijos de la Transición.....	49
Capítulo cinco	
La transición de la religión al Reino.....	63
Capítulo seis	
De gobierno presencial a gobierno espiritual.....	77

Capítulo siete

De lo institucional a la vida del cuerpo.....94

Capítulo ocho

Transición escatológica.....109

Reconocimientos.....119

Sobre el autor.....121



Introducción

“Porque la sabiduría entrará en tu corazón, y el conocimiento será grato a tu alma...”

Proverbios 2:10

El motivo fundamental de este libro, es enseñar sobre lo trascendente que es en el Reino, llegar a comprender los tiempos y las transiciones divinas. Haremos un recorrido bíblico para descubrir algunas transiciones generadas por Dios, y las que en realidad, solo fueron permitidas por Su soberana voluntad.

La palabra “Transición”, viene del latín ***“transitio”***, es la acción y efecto de pasar de un estado a otro distinto. El concepto abarca todo lo que implica un cambio. Es la acción y el efecto de cambiar el modo de ser, o de estar a lo largo del tiempo, de manera continua o progresiva, y no de manera abrupta o violenta.

Por supuesto que en la vida, muchos cambios nos asaltan sin previo aviso. Un embarazo inesperado, una muerte, una herencia, una quiebra, o un diagnóstico contrario, pueden golpear nuestras vidas sin anunciarse, pero en la Iglesia tal como organismo vivo que es, no ocurre de

esa manera, la mayoría de los cambios vienen a través de los tiempos de transición.

Este libro está enfocado principalmente en esas transiciones de la Iglesia, y de cómo debemos reaccionar nosotros, siendo partícipes de su diseño. Por supuesto, todos encontrarán en estas páginas conceptos útiles para la vida personal, pero por sobre todo, encontrarán un llamado a la reacción, respecto de las transiciones que nos contienen en la Iglesia del Señor. Es ahí, donde este libro puede despertar un especial interés en quienes ejercen un rol ministerial en este tiempo.

Hay cambios que pueden ser buscados, trabajados o forzados, a la vez que otros parecieran buscarnos a nosotros, aun cuando quisiéramos no ser encontrados por ellos. Por ejemplo, hay jóvenes que entrenan duramente porque quieren ser más fuertes y atléticos, ellos persiguen un cambio hasta que lo consiguen. Por otra parte, la vejez es un cambio que nadie quiere, y que sin embargo se produce aun contra nuestra voluntad. Al final, lo que importa es saber adaptarnos a los cambios y sacar el mejor provecho de cada uno.

La mayoría de las personas, en el fondo de sus corazones, desean cambios positivos y verdaderos en sus vidas, y en el mundo que los rodea. A la misma vez, la gran mayoría huye de la responsabilidad que implican algunos cambios indeseados. De hecho, hay cambios que suelen ser desafiantes, molestos, y en algunos casos perturbadores. Los

cambios ineludibles, tienen el poder de sacarnos de nuestra comodidad sin ninguna compasión, y cuando son divinos, son inevitables.

Generalmente deseamos cambios personales, familiares, laborales, cambios en la Iglesia y cambios en la sociedad en la que vivimos. Esto puede ser bueno, si nuestros deseos están estrictamente vinculados a la voluntad de Dios, de lo contrario, pueden producirnos mucho mal, y eso es algo que debemos analizar.

Por otra parte, solemos ser muy impacientes a la hora de pretender cambios, con lo cual no solo queremos cambios radicales, sino también cambios inmediatos. Nos gustaría que Dios nos transforme, o transforme las situaciones que vivimos, de un día para otro, o de forma instantánea, pero generalmente no es así como se producen los cambios, al menos no aquellos que vienen de parte de Dios.

Aunque Dios es Todopoderoso para hacer o cambiar lo que quiere, en la Biblia el cambio se presenta más bien como algo gradual, como una verdadera transición, y es por eso que consideré la importancia de escribir sobre este tema. Las transiciones deben ser descubiertas y deben ser pacientemente enfrentadas. En algunos casos, diría que con mucho valor y con verdadera fe.

Todo lo que tiene vida, debe pasar necesariamente por ciertas transiciones, porque la vida misma es una transición.

Nada es estático cuando tiene vida, todo lo vivo está en movimiento, desarrollo y cambio. Nosotros mismos como hijos de Dios, estamos en plena transición, al ser llevados por el Espíritu a la plenitud de Cristo (**2 Corintios 3:18**).

En nuestra vida espiritual, siempre está sucediendo algo diferente, Dios siempre está obrando a nuestro favor, porque somos sus hijos y Él tiene todo bajo control. Aunque en ocasiones no podamos percibirlo, o incluso aunque haya muchos cristianos que dicen vivir una vida de fe absolutamente monótona, Dios siempre está obrando y es por eso, que para quienes entendemos el Reino, la vida en Cristo es una permanente aventura.

¿Por qué es importante que aprendamos sobre las transiciones espirituales? Bueno, porque si somos parte de la Iglesia actual, debemos saber que estamos en medio de una transición que nos demanda gestión. Los tiempos que vivimos son muy particulares y lo que se viene no tiene precedente alguno. De la misma forma, y a la vez que esto acontece, todos de manera personal, también estamos enfrentando ciertas transiciones que debemos detectar.

Históricamente la Iglesia ha vivido procesos de paz y de fructificación muy intensos, pero también ha vivido periodos de persecución, de oscuridad, o de ostracismo religioso. Hoy estamos viviendo tiempos muy especiales, y diferentes a todo lo que hemos conocido en el pasado.

Estamos cada vez más cerca de la venida del Señor y sin dudas, necesitamos gestionar correctamente ciertos cambios.

Primeramente debemos saber, que a las transiciones no debemos ignorarlas, porque al descubrirlas experimentaremos diferentes estados, para los cuales debemos estar preparados. Las transiciones pueden hacernos sentir seguridad, pero a la misma vez momentos de temor, podemos experimentar expectación, pero a la misma vez llenarnos de ansiedad. Por eso es importante conocerlas, porque al aprender sobre las transiciones, estaremos preparados para avanzar en ellas, y las gestionaremos desde la revelación y el propósito, no desde las desconcertantes emociones del alma.

En los periodos de incertidumbre, de apatía o de estancamiento espiritual, podemos ser sostenidos por el conocimiento de las transiciones. Podemos no solo sostenernos, sino también destrabar situaciones y avanzar de una buena vez. Sinceramente creo que hay muchos hermanos estancados por falta de entendimiento, respecto de lo que las transiciones implican.

Esa es la intención que me impulsó a escribir este libro sobre los tiempos que vivimos y los cambios que se vienen. Estoy persuadido que será de gran bendición para muchos. Quienes lo comprendan así, le dedicarán un tiempo a su lectura. Ruego que quienes lo hagan, reciban la guía y la luz de Dios para sus vidas, y que si son ministros activos en la

Iglesia de hoy, puedan contribuir con coraje para gestionar los cambios necesarios.

***“La palabra del Señor vino a mí, y me dijo:
¿Qué es lo que ves, Jeremías? Veo una rama de almendro,
respondí. Has visto bien dijo el Señor, porque yo estoy
alerta para que se cumpla mi palabra...”***

Jeremías 1:11 y 12 NVI



Capítulo uno

Las Transiciones Según Dios

“Todo tiene su momento oportuno; hay un tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo...”

Eclesiastés 3:1

El propósito de Dios es eterno y el nuestro solo es una porción dentro de ese diseño divino, por eso, Él mismo nos aconseja vivirlo con intensidad, aprovechando bien el tiempo, de manera que podamos ser efectivos y fructíferos, en una vida que para nosotros, está limitada por el cronos. Él nos enseña que hay un tiempo para cada cosa, y nosotros somos los encargados de reconocer el comienzo y el fin de cada tiempo para avanzar de forma correcta.

Cuando éramos niños vivimos como niños, pero con el tiempo llegó la adolescencia y debimos mudarnos. Luego llegó el tiempo de la madurez y la plenitud, pero todo eso se produce a través de transiciones. Sería muy traumático si ese desarrollo se produjera de un día para otro. Imaginemos

cómo sería acostarnos como niños y amanecer adolescentes, o acostarnos como adolescentes y amanecer adultos.

De hecho, cuando nos acostumbramos a una temporada y nos sentimos cómodos, cambiar puede ser todo un problema. Sin embargo, es totalmente necesario para no quedar atrapados sin avanzar. No reconocer los tiempos de cambios, nos puede hacer actuar como desorientados, confundidos, o perdidos. Por eso es de vital importancia obtener dirección divina.

Cada bendición, cada alegría, cada cambio positivo en nuestra vida debe ser como el amanecer que comienza a elevar el sol en el horizonte, llega la luz, llega el calor y llega la seguridad que produce el día, lo cual las hace muy fáciles de asumir. Lamentablemente, cuando llegan las pruebas, las dificultades o las situaciones que no podemos comprender son como el atardecer que va ocultando el sol en el horizonte. Todo se pone más oscuro, se va la luz, se va el calor y llega la inseguridad y el temor de la noche.

Espiritualmente debemos tener la capacidad de discernir los cambios que se producen en nuestra vida y en nuestro entorno. Algunos cambios nos asaltan sin piedad y no hay transición en ellos, solo debemos estar alertas, porque la vida es así, muchas veces actúa de manera violenta y traicionera. Así también, suele sorprendernos con inesperadas bendiciones que creemos no merecer, pero que sin embargo nos alcanzan amistosamente.

Cuando los cambios vienen sin transición, solo debemos actuar, no tenemos margen para meditar en sabias decisiones, por eso debemos vivir en plena comunión con nuestro amado “Consejero” (**Isaías 9:6**), quién nos puede guiar por caminos rectos y productivos.

Gracias a Dios, la vida de Reino nos ubica bajo su protección, por lo tanto, la mayoría de los cambios vienen con tiempos de transición. En nuestra vida, las transiciones suelen ser más breves, y en la Iglesia pueden durar años. Lo importante es que podamos comprender las señales y los tiempos que vivimos en ambas dimensiones.

“Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y fue así”.

Génesis 1:14 y 15

En mi libro titulado “Las estaciones de Dios” enseñé sobre la importancia de comprender los cambios propuestos por Dios, y hay algunos principios que recordé al planificar este material, por lo cual, deseo mencionarlos en estas páginas.

En el principio el Señor estableció que la tierra gire alrededor del sol, y también que gire sobre su propio eje, y cada vez que lo hace se considera el cumplimiento de un día,

y tarda unos trescientos sesenta y cinco días en girar alrededor del sol, y eso es considerado como un año.

Estos movimientos del planeta, producen acercamientos y alejamientos del sol, lo cual genera que los días se alarguen en verano, y se acorten en invierno, considerando a estas estaciones como las definidas. Todos los días tienen veinticuatro horas, pero la duración de la claridad, es la que cambia por completo según el momento del año. Esto es lo que genera verdaderos cambios en el comportamiento de toda la naturaleza viva.

Estos cambios se producen lentamente, para lo cual tenemos las estaciones de transición. Es decir, el verano es una estación definida, pero es antecedida por la primavera, que es la estación que prepara todo para la asimilación de los cambios. Lo mismo ocurre con el invierno, que es una estación definida, y está antecedida por el otoño, que es una estación considerada de transición.

La naturaleza reconoce las estaciones climáticas, por ejemplo los animales reconocen la época de mudarse de lugar, de aparearse, o de acopiar alimentos. Los árboles también reconocen las estaciones, en otoño dejan caer sus hojas, en primavera florecen, y luego dan frutos. Los seres vivos en general reconocen el tiempo en el que están, y obedecen las señales del clima para actuar adecuadamente en el tiempo correcto.

El gran desafío para nosotros, es interpretar esto de manera espiritual y descubrir por qué motivo los seres de la fauna y la flora, sin escuchar predicaciones, o sin ser discipulados por un pastor, reconocen las estaciones del año para transitarlas efectivamente, y nosotros como creación de Dios y más aun siendo sus hijos, en muchas ocasiones, no reconocemos las estaciones espirituales para adecuarnos a ellas. Los seres reaccionan por la percepción biológica y debería esperarse que nosotros reaccionemos por vida espiritual. Cuando esto no ocurre, solo evidenciamos la falta de revelación y esa carencia, siempre terminará por acarrearlos perjuicios.

La vida está compuesta de señales, si espiritualmente no recibimos el suministro del Espíritu, no las veremos para cambiar a tiempo. Lo peor que nos puede pasar es ser desobedientes a los cambios divinos, porque correremos riesgos innecesarios. Debemos tener respeto de los cambios porque no reconocerlos nos puede dejar desnudos en pleno invierno espiritual.

Yo solo estoy haciendo una alegoría, es un hecho que físicamente no tenemos tantos problemas para reconocer los cambios climáticos, porque en invierno nos abrigamos y nos preocupamos por tener calefacción, en cambio en verano buscamos ropa fresca y procuramos tener a nuestro alcance un aire acondicionado, no hay misterio alguno en adecuarnos a los cambios del clima, pero espiritualmente esto no nos

resulta tan fácil. Debemos ser sensibles a los tiempos y adaptarnos conforme a las señales espirituales que recibimos.

Nosotros podemos elegir la estación del año que más nos gusta, pero eso poco le importa a Dios, porque Él ya estableció las características de cada una. Es decir, alguien puede protestar contra el calor del verano y orar para que la temperatura baje, sin embargo Dios ya estableció lo que ocurre en verano y nada puede cambiarlo con una simple oración. Tampoco se puede combatir contra el frío del invierno, y si alguna persona determina no reconocerlo poniéndose un short de baño y saliendo a trabajar de musculosa en plena nevada, indudablemente se enfermará, o puede que en su porfía termine muriendo, por no reconocer y respetar una estación determinada por Dios.

Por ejemplo, es nuestra responsabilidad reconocer las estaciones de la vida, es decir, los tiempos que todo ser humano debe transitar. Cuando no permitimos que un niño pequeño se divierta jugando, y viva su tiempo de inmadurez, estamos causándole un gran daño, porque es necesario que transite esa estación de inocencia. Un niño debe sentirse protegido y ser libre de grandes responsabilidades, no debe hacer las tareas de un adulto, de lo contrario estará saltando una etapa que con el tiempo afectará su crecimiento. Por algo Dios diseñó las estaciones y las etapas de la vida.

Luego viene la estación de la adolescencia, y por supuesto un joven tampoco debe adelantarse, tratando de

vivir con pocos años la vida de un hombre adulto o de una mujer madura. Hacer eso, les robará una etapa importante y seguramente terminarán expresando actitudes de adolescentes fuera de tiempo, tan solo por el hecho de no haberlas vivido cuando era el momento oportuno.

Por otra parte, cuando llegamos a ser personas adultas no podemos comportarnos como niños inmaduros, debemos reconocer la estación a la que hemos arribado. Es cierto que Jesús dijo que debemos ser como niños, pero Él no se refería al comportamiento infantil, sino a la sencillez de corazón que debemos sostener. De hecho, el apóstol Pablo escribió que es importante madurar para poder gestionar la herencia, de lo contrario permaneceremos bajo el cuidado de tutores o curadores hasta el tiempo de nuestra madurez, por lo tanto, espiritualmente nos conviene crecer (**Gálatas 4:1 al 7**).

Nosotros asumimos que al momento de conocer al Señor, las cosas del pasado quedaron atrás, y ciertamente Él hace nuevas todas las cosas, pero en adelante el Señor encerrará nuestro desarrollo espiritual en las estaciones que Él establezca.

Cuando la Palabra dice que para vivir el Reino, debemos nacer de nuevo se está refiriendo a lo espiritual (**Juan 3:5 y 6**). Luego, el desarrollo de esa vida, estará marcado por ineludibles estaciones espirituales. Es decir, nacemos como niños, pero no podemos permanecer así, es necesario que seamos perfeccionados. Solo debemos

reconocer las señales para que este proceso vaya desarrollándose de manera correcta.

Un hermano puede haber creído en el Señor hace siete años, pero ciertamente no tendrá siete años físicos. Una cosa es el tiempo cronos de la vida natural, y otra muy distinta es la edad espiritual. Eso puede no ser comprensible para el mundo, pero para nosotros es una realidad divina. Por otra parte, este supuesto hermano, físicamente puede que haya vivido unos cuarenta y cinco años, aun así, en lo espiritual no tiene cuarenta y cinco, sino tan solo siete.

En la congregación nos vemos en apariencia, proporcionales a los años que hemos vivido en nuestro cuerpo, pero puede que no sepamos qué edad espiritual tiene cada uno de nuestros hermanos. Sin embargo Dios, que ve nuestro espíritu, sabe que tiempo tenemos, conforme a nuestra madurez espiritual. Por esta razón nosotros a veces queremos servir a Dios pero todavía no estamos listos, no estamos en la estación correcta para fructificar servicio.

Debemos aprender a detectar los síntomas de nuestro comportamiento, por ejemplo, chisme, murmuración y contienda, son síntomas de la falta de madurez espiritual y evidencian que todavía no podemos hacer algunas cosas al servicio de nuestro Dios. Debemos comprender que adelantarnos a ciertas pretensiones ministeriales, es algo peligroso, porque podemos terminar abortando rápidamente

por incapacidad, algo que con el tiempo puede llegar a ser efectivo, pero que todavía no está en su estación ideal.

Cuando llegamos a la madurez encontramos otra palabra clave que es la responsabilidad, capacidad que no se tiene en la niñez. Cuando somos pequeños nos dan de comer en la boca y ni siquiera necesitamos limpiarnos si nos ensuciamos, ya que esa es la función de quienes nos están criando. Pero cuando crecemos, la vida y nuestras acciones, se convierten en nuestra responsabilidad, y si no logramos asumirlas comenzaremos a sufrir problemas.

La persona que es irresponsable por causa de su inmadurez no puede fructificar. No es que no desee hacerlo, es que no puede, de la misma manera que una pequeña niña no está preparada para dar a luz. Debemos saber cuál es la estación que estamos viviendo, ya que hay personas que se han frustrado, porque no pueden hacer determinadas cosas para Dios, y en realidad, el motivo es porque todavía son niños espirituales. Incluso puede que físicamente sean personas maduras en edad, pero lo que prima en el Reino es el tiempo de la vida espiritual.

Hay un tiempo de maduración hasta alcanzar ser personas responsables, no debemos apurar ese tiempo, Dios quiere formarnos y lleva tiempo nutrirnos, desarrollarnos y crecer. Si metemos en un horno un durazno natural, y lo cocinamos a cien grados centígrados de calor, no podremos madurarlo, solo tendremos un durazno cocinado o quemado,

pero no maduro, porque la maduración de una fruta siempre será un proceso que se dará en el árbol, no debemos cortarla antes de tiempo.

Las estaciones espirituales para la Iglesia corporativa, serán las mismas, pero de manera personal puede que sean distintas en cada uno de nosotros. Es decir podemos estar en el tiempo de fructificación, llamémosle primavera, pero la persona junto a nosotros puede estar atravesando un invierno, donde nada le fructifica, y se muestra castigada por las circunstancias de adversidad imperantes en su vida.

Debemos aprender a ver las señales de Dios, tanto para la Iglesia de manera corporativa, como para nosotros de manera individual. Por ejemplo, en invierno los días parecen más cortos, las noches se vuelven largas, hace frío, todo está más oscuro, y es más difícil hacer efectivamente cualquier actividad. De la misma manera cuando se manifiesta un invierno espiritual para nosotros, o para una congregación, todo cuesta más, todo se vuelve poco efectivo, la gente no reacciona y muchos se van, pero eso no debe preocuparnos, es normal que ocurra así.

En verano por el contrario, nos da mucho gusto el sol, salir a pasear es grato, nos levantamos más rápido, con deseos de hacer cosas y todo fructifica abundantemente. Esto mismo ocurre en un verano espiritual, nos sentimos como flotando, todo fluye más rápido, todo es fructífero y hermoso. En esos periodos, una congregación sin motivo aparente recibe gente

nueva todas las reuniones y los que están se comprometen con alegría. Esto no se produce porque hicimos algo en particular, sino porque estamos en una estación productiva.

Tanto las estaciones adversas, como las productivas, son absolutamente necesarias. Dios no las creó diferentes con la idea de que los seres vivos pasemos mal algunas temporadas y disfrutemos de otras. Las creó porque son necesarias para el desarrollo equilibrado de la vida. Lo mismo ocurre en lo espiritual, si todos los tiempos fueran de bonanza, no lograríamos desarrollar nuestras fortalezas.

No debemos cuestionar a una congregación cuando está pasando un invierno, es normal que ocurra eso, en realidad, se están fortaleciendo y eso les ayudará para fructificar cuando llegue su primavera. Los pastores que no tienen revelación de las estaciones espirituales, llegan a pensar que están haciendo algo mal, o incluso culpan al diablo, pero nada tiene que ver con eso, solo están en una estación en la que no se puede producir fruto.

Cuando espiritualmente las cosas no están funcionando en nuestras vidas o en una congregación, puede ser la evidencia que estamos en la estación invernal. No tenemos que ponernos mal. A nadie se le ocurriría ir a cosechar manzanas en pleno invierno, no sé por qué motivo en la vida espiritual, siempre estamos pensando que debemos cosechar frutos todo el año.

En invierno no debemos enojarnos, si algunas cosas no nos gustan, debemos saber que las estaciones no vienen para matarnos, solo debemos adecuarnos a ellas. No debemos combatir las porque vienen de Dios, Debemos aprender de ellas, porque aunque no entendamos el motivo de algunas dolorosas circunstancias, son necesarias y al final nos harán bien.

Esto lo digo con experiencia, porque en los años que ejercí el ministerio pastoral, me quejé mucho de las inexplicables adversidades que vivimos en la congregación. Con el tiempo comprendí, que todo ese dolor que parecía innecesario me fue formando para convertirme en un pastor de pastores, y por cierto la congregación no murió, sino que sigue avanzando a su propósito.

Hoy me arrepiento de haber murmurado como los hebreos en el desierto. Solo era una estación que debía superar con fe y no con quejas. Sin embargo, aunque conservo cierta vergüenza, logré aprender, y hoy tengo el privilegio de enseñar a otros pastores a discernir las estaciones para que no detengan sus alabanzas, porque la estación para la fructificación sin dudas llegará.

Todo árbol antes de dar frutos, debió pasar por algún invierno, con nosotros es igual, antes de fructificar son necesarios algunos dolores. No debemos desafiar al invierno, solo debemos vestirnos con las ropas correctas para no enfermar, y esperar con alegría el tiempo de la cosecha.

Mucha gente se enferma espiritualmente por no saber reconocer la estación en la que está. El Reino tiene ciertos inviernos creados por Dios, y Él mismo es como el sol que a veces sale y a veces parece esconderse tras las densas nubes. Podemos no sentirlo, o pensar que se ha ido definitivamente, pero no es verdad, la fe nos permite saber de Su presencia y solo es una cuestión de tiempo para volver a disfrutarlo, sintiendo su calor, y siendo alumbrados por Su luz.

Jesús dijo que al árbol que da fruto, Él lo limpiará para que dé más fruto (**Juan 15:2**), por eso son necesarias las distintas estaciones, si nos adecuamos al invierno, este pasará rápido y volveremos a estar en primavera y volverá el calorcito del verano, solo debemos adaptarnos, Dios nos creó y nos ha dado la fortaleza necesaria para salir adelante.

Dios desea que nos admiren por nuestros frutos, por nuestra apariencia y productividad, porque Dios nos llamó para dar testimonio de Su naturaleza y de Su poder creativo. Debemos aprender a cantarle al Señor en todo tiempo, porque las estaciones son Su diseño para nuestro crecimiento, y la alabanza es, la manifestación visible de nuestra fe, respecto de Su bondad.

“De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas”.

Mateo 24:32 y 33

Capítulo dos

Transición hacia La justicia

“Y vio el Señor que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo desigmo de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”

Génesis 6:5

Después de la caída de Adán y Eva, las personas comenzaron a corromperse de manera descontrolada. Se perdió toda justicia, al grado que no solo se pervirtieron en todo comportamiento, sino que se rebelaron contra Dios ignorando Su voluntad y Su presencia.

Recordemos que Jesús dijo que Él es el Alfa y la Omega, el principio y el fin (**Apocalipsis 1:8**). Es decir, que en **Génesis 1:1**, donde dice: *“En el principio creó Dios los cielos y la tierra...”* Lo encontramos a Él, porque fue en el “Principio”, que Dios creó los cielos y la tierra. Lo cual nos revela la gracia desde el día uno de la creación.

Jesucristo es la gracia (**Juan 1:17**), y aunque algunos la identifiquen después de la Ley, la gracia fue en el principio. Los hombres no hicieron nada para merecer la vida, y la posición que Dios les dio, en un mundo cargado de abundancia y bendición. Lamentablemente, no valoraron lo recibido y pretendiendo más, cayeron en la tremenda maldición del pecado.

En realidad, eso fue lo absurdo del engaño, que el diablo les manipuló para que desearan ser igual que Dios, cuando sin siquiera pensarlo ni desearlo, ya habían sido creados a semejanza de Dios (**Génesis 1:26**). Además, lo tenían absolutamente todo, estaban en autoridad y poder, respecto de toda la creación. ¿Qué más podían necesitar?

El pecado que produjo el diluvio universal, no fue la culpa de un fruto prohibido. Ese fue el comienzo de un derrotero que evidentemente no tenía fin. La perversión fue total, al grado de llegar a pervertir la genética humana. Por tal motivo, Dios dijo: ***“Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho”*** (**Génesis 6:7**).

Sin embargo, incluso en esta situación, apareció la gracia una vez más: ***“Pero Noé halló gracia ante los ojos del Señor...”*** (**Génesis 6:8**). Esta elección dio comienzo a un tiempo de transición, porque el juicio decretado por Dios, no

vendría de un día para otro, sino luego de un proceso determinado.

Alguna vez me pregunte por qué motivo, el Señor mando a Noé edificar un arca. Se me ocurrió pensar que había otras alternativas menos trabajosas. De hecho, el Señor podría haber arrebatado a las nubes a Noé, a su familia y a todos los animales. Luego del diluvio, los podría haber depositado nuevamente sobre tierra seca.

Sin embargo, luego comprendí que ese tremendo trabajo que tuvo que realizar Noé, fue un claro proceso de transición utilizado por Dios, para llamar a todos al arrepentimiento antes de que llegara el diluvio. El apóstol Pedro escribió al respecto: ***“...Dios esperaba con paciencia mientras se construía el arca. En ella sólo pocas personas, ocho en total, se salvaron mediante el agua” (1 Pedro 3:20).***

Es penoso que nadie, absolutamente nadie creyera en el mensaje que Noé les expresó durante más de cien años. También fue Pedro, quién dijo que Noé había sido un mensajero utilizado por Dios, con la idea de llamar al arrepentimiento a toda la humanidad.

“Tampoco perdonó al mundo antiguo cuando mandó un diluvio sobre los impíos, aunque protegió a ocho personas, incluyendo a Noé, predicador de la justicia”.

2 Pedro 2:5 NVI

Dos cosas son claras en esta expresión. Primero que Noé fue un predicador, un hombre que se dedicó no solo a la edificación del arca, como instrumento de salvación, sino que además, habló incansablemente a toda persona, respecto de lo que vendría sobre el mundo.

En segundo lugar, Dios no perdonó a los impíos justamente por eso, porque no creyeron al mensaje de Noé. Es claro que si alguien hubiese creído, el Señor lo hubiese perdonado, porque el mensaje en la boca de su servidor perseguía un objetivo: Llamar a todos al arrepentimiento, lo cual hubiese sido un reconocimiento de la santidad, la soberanía y la justicia de Dios.

Es entendible que el mensaje de Noé no ha sido un mensaje fácil de creer, porque su obra, parecía más bien, la tarea de un hombre carente de juicio mental. Imaginemos en su época a un hombre con su familia, construyendo en pleno desierto, un trasatlántico de madera. Además, nunca había llovido sobre la tierra, anunciar un diluvio era algo ilógico e inexplicable.

El arca tenía una medida de ciento cincuenta metros de largo, y más de quince metros de altura, suponemos que fue una verdadera obra de ingeniería. Eso seguramente ha demandado un enfoque y una dedicación absoluta de parte de Noé. Sin embargo, y ante la curiosidad que despertaría en todos los escarnecedores que se acercarían a ver lo que Noé

estaba haciendo, él aprovecharía para predicarles respecto de sus motivos y el juicio venidero.

Supongo también, que solo lograría cosechar burlas de parte de todos, lo cual ha sido algo muy difícil de asimilar. No solamente por lo que las burlas implican, sino porque él sabía que su mensaje era verdadero y que ciertamente el diluvio vendría. Debe ser muy difícil comunicar un mensaje de advertencia tan radical, y ser ignorado por todos, conociendo las consecuencias que vendrían al final.

Es en este punto, donde debemos considerar la importancia de los tiempos de transición. El hartazgo del Señor queda demostrado en sus palabras: ***“Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado... Pues me arrepiento de haberlos hecho...”*** Él podría simplemente haber destruido a todos con una sola Palabra. Su juicio podría haber sido pronunciado y ejecutado a través de un estruendoso ¡Basta ya, mueran todos ahora mismo! Sin embargo, en Su amor y Su paciencia planificó una transición que les brindara la oportunidad de arrepentimiento.

Si lo analizamos cuidadosamente, veremos que la transición es un tiempo de gracia por medio del cual, Dios ofrece una oportunidad de asimilación para los cambios. La transición no solo retrasa la llegada de un cambio absoluto, sino que ofrece la posibilidad de definir nuestra posición respecto del mismo.

“Y dijo Dios: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; más serán sus días ciento veinte años”.

Génesis 6:3

Ante la creciente corrupción de los hombres, el Señor dijo que los años de vida serían en adelante de unos ciento veinte años, cuando sabemos que en esos tiempos y hasta el diluvio, los seres humanos llegaban a vivir varios cientos de años. Esto es trascendente para nosotros, porque antes del diluvio el Señor otorgó por medio de la edificación del arca, casi el mismo tiempo que Él había determinado que duraría una vida humana. Es como si les hubiese dicho: ¡Les doy toda una vida para que se arrepientan!

La Biblia no nos dice exactamente cuánto tiempo le llevó a Noé construir el arca. Sabemos que fue cuando Noé tenía más de quinientos años, ya que había engendrado a Sem, a Cam y a Jafet (**Génesis 5:32**). Y sabemos que cuando entró en el arca con su esposa, sus tres hijos y su nuera, ya tenía más de seiscientos años (**Génesis 7: 6, 11**), con lo cual nos queda en claro, que tardó más de cien años.

Es difícil imaginar los muchos días de trabajo que tuvo Noé junto a su familia, así como la hostilidad que seguramente les expresarían los habitantes de la época, pero entiendo que cada día, Noé debe haber hablado con diferentes personas, tratando de explicarles las directivas que había

recibido de parte de Dios, y lo que habría de acontecer en todo el planeta.

Me cuesta mucho imaginar la sociedad en esa época, y el rechazo vivido por Noé, pero más allá de las diferencias, debo hacer un paralelo con nuestros días, porque eso fue precisamente lo que hizo Jesús, cuando dijo: ***“Tal como sucedió en tiempos de Noé, así también será cuando venga el Hijo del hombre. Comían, bebían, y se casaban y daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca; entonces llegó el diluvio y los destruyó a todos”*** (Lucas 17:26 y 27).

Tal vez la gente hoy en día, puede pensar que nuestro mensaje es una estúpida fantasía. Pueden creer que somos personas místicas, débiles mentales o absurdamente crédulos. Se burlan, se ríen de nuestro mensaje y siguen enfocados en sus vidas. Comen, beben, se casan y hacen negocios como si nada fuera a acontecer. Sin embargo, los tiempos se acortan, porque estamos en una transición que tocará su fin, con la llegada de nuestro Señor y Rey Jesucristo.

El problema de la generación de Noé era muy parecido al de la nuestra. La gente no creía que llegaría el momento en que sus hechos serían juzgados, de hecho nunca había llovido y nada hacía prever que llegaría una catástrofe tan tremenda como la que anunciaba Noé. Igualmente hoy en día, ya que el mensaje de la Iglesia parece obsoleto y gastado. Algo que

no puede ocurrir en una sociedad tan evolucionada he inteligente como la nuestra.

Junto con reprender a quienes piensan e imaginan que el mundo continuará como siempre, el apóstol Pedro nos enseña que ellos están ignorando voluntariamente la lección del diluvio de Noé, y advierte que sin dudas habrá un juicio final. De hecho, ese juicio se está acercando. Pedro explica que la razón de su aparente retraso es que Dios quiere darles tiempo a las personas para que se vuelvan a Él en arrepentimiento:

“Por la palabra y el agua, el mundo de aquel entonces pereció inundado. Y ahora, por esa misma palabra, el cielo y la tierra están guardados para el fuego, reservados para el día del juicio y de la destrucción de los impíos. Pero no olviden, queridos hermanos, que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan”.

2 Pedro 3:6 al 9

Está ocurriendo ante nuestros ojos. El mensaje está siendo dado, ya no por un Noé, sino por millones de cristianos, y lo que algunos ven como tardanza, no es más que un tiempo de transición por medio el cual el Señor está dando la oportunidad para el arrepentimiento.

Dios quiere salvar a los seres humanos, pero estos necesitan creer en su Palabra y aferrarse a ella. La obra de Noé fue una labor de fe. Observe lo que dice **Hebreos 11:7**: *“Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe”*.

Hoy la Iglesia debe maximizar sus expresiones de fe, porque estamos en tiempos determinantes, y aunque una parte de la sociedad, parece disfrutar el mundo de la tecnología y el avance global, la verdad es que espiritualmente todo se está poniendo cada vez peor.

De la misma forma que el hombre cree estar evolucionando a pasos agigantados, podemos ver que de la misma forma está aumentando la inconsciencia respecto del pecado. Es más, diría que la palabra “pecado”, solo ha quedado relegada al uso de quienes somos creyentes, mientras que la sociedad actual, solo la considera, como una simple expresión antigua y obsoleta.

Hoy la premisa es: ¿Qué tiene de malo vivir como deseamos? ¿Qué tiene de malo ser libres para elegir nuestra propia voluntad? Esto parece lógico, yo también lo creía así. Lo que me ocurrió, es lo mismo que a cada cristiano verdadero, es que nos alcanzó la gracia, esa gracia es la que nos otorga la vida, y la vida es la luz que nos permite ver

nuestra verdadera condición, así como lo lejos que estábamos de una vida justa delante de Dios.

Es por esa gracia recibida, que no juzgo a las personas hoy en día, no soy quién para poder hacerlo. Tampoco debería hacerlo ningún predicador. Nosotros no estamos en el mundo para condenarlo con palabras, sino para entregar el mensaje del evangelio del Reino. La buena noticia de que la obra de salvación ha sido consumada por Jesucristo, quién nos extiende la gracia, no a través de un arca, sino a través de Su propia muerte y resurrección.

La sociedad actual se está acercando a un punto sin retorno en cuanto al comportamiento humano, pero la Iglesia debe ser firme en comunicar el mensaje del Reino, y así como Noé demostró con su vida, ser coherente con su mensaje, nosotros debemos vivir lo que predicamos.

Imaginemos a Noé, anunciando el diluvio universal, pero en lugar de trabajar construyendo un arca, hubiese puesto un negocio de venta de paraguas. Todos hubiesen pensado que su mensaje era simpático, que tal vez podría llover, pero de ser así, la lluvia no podía ser tan grave, porque con un paraguas alcanzaría para sobrellevarla.

La Iglesia hoy en día, debe expresar el mensaje de la gracia, porque después del diluvio, el Señor pintó un arco iris sobre el cielo (**Génesis 9:11 al 13**), pero no debemos evitar mencionar el juicio que vendrá sobre toda la tierra, ni la

condenación eterna que sufren aquellos que rechazan el evangelio del Reino. Nosotros no convencemos a la gente produciendo temor, nosotros impartimos vida, pero la vida solo puede respaldar la verdad. Digamos la verdad, porque la verdad es Cristo y solo Él puede salvar.

Aunque muchos no puedan verlo, vivimos un tiempo de transición. No estamos edificando un arca, sino una Iglesia que debe estar lista para enfrentar las grandes tormentas que se avecinan. Algunos creen que simplemente seremos arrebatados sobre una nube, pero yo creo que tendremos que enfrentar las olas de una agenda globalista absolutamente perversa que ciertamente nos atacará como una feroz tormenta.

No sé cómo habrá sido la tormenta en los días de Noé, pero puedo imaginar la que se nos viene a nosotros. Sí sabemos que el arca resistió por causa de su buena edificación, podemos estar seguros que pasará lo mismo con la Iglesia. Yo creo que estamos a tiempo de quitar las endebles estructuras religiosas, y de reforzar las estructuras verdaderamente espirituales. El diseñador del arca fue Dios, no Noé. Si nosotros trabajamos con los diseños de Dios, y no con los nuestros ciertamente lograremos buenos resultados. Solo creo que debemos extremar nuestra dedicación y sabiduría divina, para edificar al pueblo con el mensaje correcto, porque solo eso nos permitirá soportar las presiones externas.

Transición no es espera, es duro trabajo, es cuidar los detalles, es procurar la verdadera unidad, es humildad, es paciencia y es amor. No el amor del alma, cargado de egoísmo personal, sino el amor verdadero, el amor con propósito, el amor que nos permite hacer y decir lo que debemos, y no necesariamente lo que la gente quiere escuchar.

Si queremos servir a Dios de manera efectiva, no hay más tiempo para agradar a todas las personas. Hablemos con unción, hablemos con gracia, hablemos con amor, pero digamos lo que debemos decir, porque la transición solo es el paso de un estado a otro, no una estación definitiva. Despertemos y trabajemos, porque el Señor ciertamente vendrá tal como lo prometió.

“Ahora bien, hermanos, ustedes no necesitan que se les escriba acerca de tiempos y fechas, porque ya saben que el día del Señor llegará como ladrón en la noche. Cuando estén diciendo: Paz y seguridad, vendrá de improviso sobre ellos la destrucción, como le llegan a la mujer encinta los dolores de parto. De ninguna manera podrán escapar. Ustedes, en cambio, hermanos, no están en la oscuridad para que ese día los sorprenda como un ladrón. Todos ustedes son hijos de la luz y del día. No somos de la noche ni de la oscuridad. No debemos, pues, dormirnos como los demás, sino mantenernos alerta y en nuestro sano juicio”.

1Tesalonicenses 5:1 al 6 NVI

Capítulo tres

Transición hacia La Libertad

“El Señor le dijo: Debes saber que tus descendientes vivirán como extranjeros en tierra extraña, donde serán esclavizados y maltratados durante cuatrocientos años. Pero yo castigaré a la nación que los esclavizará, y luego tus descendientes saldrán en libertad y con grandes riquezas. Tú, en cambio, te reunirás en paz con tus antepasados, y te enterrarán cuando ya seas muy anciano. Cuatro generaciones después tus descendientes volverán a este lugar, porque antes de eso no habrá llegado al colmo la iniquidad de los amorreos”.

Génesis 15:13 al 16 NVI

Nuestro Dios sustenta en existencia todas las cosas mediante la Palabra de poder, de modo que todo lo que llega a existir está condicionado bajo Su soberanía absoluta. Dios es el Señor y poseedor de todas las cosas, tiene un propósito para todo lo que hace, dice o permite, y de Él dependen absolutamente todas las cosas en el universo. Si avanzamos en la comprensión de Su soberanía, llegaríamos a entender

que todo cambio y toda transición es el resultado de Su voluntad, no de nuestras decisiones.

Es cierto que nuestras acciones pueden maximizar Sus diseños o retrasarlos, pero aun cuando eso acontece, es producido como resultado de Su voluntad permisiva. Nada se escapa de Su gobierno, incluso cuando el mundo parece descontrolado, Él está en control. Si una partícula de tierra pudiera auto gobernarse haciendo imposible la intervención divina, Dios no sería Dios. Él es el Soberano, y siempre hace todo tal como se lo propone.

La rebelión humana y el avance del mal, no son cosas que pueden superar Su voluntad. Ante todo, Él se glorificará de manera absoluta, por eso le ha puesto fecha de vencimiento a las tinieblas. Como dueño del mundo, Él tiene el derecho de hacer con Su creación tal como le plazca. Y Él ya anunció, que ha determinado llenar la tierra con el conocimiento de Su gloria (**Habacuc 2:14**).

Por tanto, la vocación a tiempo completo de todos quienes hemos sido alcanzados por Su gracia, debería ser glorificarle, reconociendo Su señorío y viviendo en una total dependencia de Su voluntad, entendiendo que todos Sus planes para nosotros son buenos, agradables y perfectos (**Romanos 12:2**).

El pacto realizado por Dios, con el patriarca Abraham, se encuentra en **Génesis 12:1 al 3**, pero la ceremonia que

aparece en **Génesis 15**, de la cual cité el pasaje, indica la naturaleza incondicional del pacto. Es decir, un pacto es un acuerdo entre dos partes, y hay dos clases fundamentales de pactos, los condicionales y los incondicionales.

Un pacto condicional o bilateral es un acuerdo que obliga a ambas partes para su cumplimiento. Ambas partes se comprometen a cumplir ciertas condiciones. Si una de las partes no cumple con sus responsabilidades, el pacto se rompe y ninguna de las partes tiene que cumplir con las expectativas del pacto. Un pacto incondicional o unilateral es un acuerdo entre dos partes, pero sólo una de ellas tiene que hacer algo. A la otra parte no se le exige nada. El llamado “Pacto Abrahámico” es un pacto incondicional.

Cuando se hacían sacrificios para sellar un pacto que dependía del compromiso de ambas partes, los interesados debían pasar entre las mitades de los animales ofrecidos. En el caso de **Génesis 15**, sólo Dios pasó entre las mitades de los animales. Abraham estaba en un sueño profundo. Esta acción solitaria de Dios indica que el pacto es principalmente Su promesa. Es decir que Él mismo se compromete con llevar adelante el cumplimiento de todo.

Posteriormente, y a pesar de que Abraham tuviera un inesperado hijo con Agar la esclava, Dios le dio la orden de realizar el ritual de la circuncisión como señal específica del pacto (**Génesis 17:9 al 14**). Desde entonces, todos los varones descendientes de Abraham debían ser circuncidados,

y de este modo, llevar en su carne una marca de por vida que indicaría que formaban parte de la bendición física de Dios en el mundo. Cualquier descendiente de Abraham que se negara a circuncidarse se estaba declarando fuera del pacto de Dios; esto explica por qué Dios, se enfadó con Moisés cuando éste no había circuncidado a su hijo (**Éxodo 4:24 al 26**).

Dios decidió llamar a un hombre y generar a través de él, a un pueblo especial, y a través de ese pueblo bendecir al mundo entero. Recordemos que el Señor le dijo al patriarca en **Génesis 12:2 y 3**: *“Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”*.

Sobre la base de esta promesa, Dios cambió el nombre de Abram, que significa: “padre enaltecido”, por el de Abraham, que significa “padre de una multitud” (**Génesis 17:5**). En definitiva y retomando el concepto, la incondicionalidad del pacto realizado por Dios con Abraham, no hacen necesario que espiritualicemos el resultado atribuyéndoselo a los hombres, porque las promesas de Dios a los descendientes de Abraham no tenían otra opción que el cumplimiento literal.

Es cierto que la fe de Abraham le fue contada por justicia, y que las acciones de Isaac, de Jacob, de sus hijos,

entre los que destaco a José, fueron fundamentales para la gestación de la nación de Israel, en todo tiempo podemos ver la soberana operación del Todopoderoso, para llevar sus diseños a propósito.

El Señor le anticipó a Abraham, que sus descendientes vivirían como extranjeros en tierra extraña, donde serán esclavizados y maltratados durante cuatrocientos años. Luego le dijo que Él castigaría a la nación responsable, y que liberaría a sus descendientes, no sin antes otorgarles grandes riquezas. Esto, que tal vez fue muy emocionante para Abraham, el Señor lo dijo, anunciando también su muerte.

Ciertamente debe ser muy impactante que Dios te hable sobre varias generaciones futuras, incluyendo también el inminente fin de tu vida. Asumir tal cosa, no es más que para gente con verdadera visión. Es necesario ver mucho más allá de uno mismo, si es que en verdad pretende morir en paz, reuniéndose con los antepasados.

En fin, veamos que en la confirmación del pacto, el Señor no solo anuncia sus diseños para el futuro, sino que además, incluye verdaderos tiempos de transición. Bien podría mencionar esos tiempos en la vida de Abraham, de Isaac, de Jacob o de José, pero deseo enfocarme en la transición que Dios mismo destacó en su pacto. “Los cuatrocientos años de esclavitud y maltrato”.

Sin dudas esta fue la más dura transición que vivió el pueblo hebreo. Siempre apuntamos al éxodo y el peregrinaje de cuarenta años por el desierto, de hecho, la mencionaré en el próximo capítulo, pero la estadía en Egipto, creo que fue mucho peor, porque en el desierto, estuvieron en libertad y al cubierto del Señor, pero en Egipto estuvieron en esclavitud bajo el látigo de faraón.

Recordemos que los hebreos entraron a Egipto por medio de José, quién fuera traicionado y vendido por sus hermanos. Cuando se posicionó en el poder, llevó a toda su familia a Egipto, entrando en ese tiempo unas setenta personas (**Génesis 46:27**), y lo hicieron bajo el cuidado y el poder de José, quién era el segundo en autoridad.

El problema surgió con los años, porque se levantó sobre Egipto un nuevo faraón que no conocía a José, ni la obra que él había realizado (**Éxodo 1:8**). Entonces el faraón, viendo que los hebreos se habían multiplicado, tuvo temor de ellos y determinó comenzar a oprimirlos, para arrastrarlos a la esclavitud.

La forma de hacerlo fue aumentando sobre ellos la carga impositiva, es decir, al aumentar los impuestos de manera exagerada, los hebreos no alcanzaban a pagar sus tributos al gobierno egipcio. Entonces no encontraban otra alternativa que pagar sus deudas con trabajos forzados. De esa manera, poco a poco, los fueron oprimiendo en esclavitud.

De hecho **Éxodo 1:11** dice: *“Entonces pusieron sobre ellos comisarios de tributos que los molestasen con sus cargas; y edificaron para Faraón las ciudades de almacenaje, Pitón y Ramesés”*. Luego en **Éxodo 1:13 y 14** dice lo siguiente: *“Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con dureza, y amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillo, y en toda labor del campo y en todo su servicio, al cual los obligaban con rigor”*.

Esta situación no es para nada extraña, era común que los que no tenían dinero pagaran las deudas con propiedades o con duro trabajo. Incluso las deudas eran heredadas por sus descendientes. De hecho el mismo José utilizó esa misma estrategia cuando fue gobernador de Egipto (**Génesis 47:18 y 19**).

Ahora, imaginemos por un momento a la gente que nació y vivió en esos tiempos de transición. Es triste pensarlo, pero hubo gente que no conoció otra cosa que la esclavitud. Cuando hablamos de algo más de cuatrocientos años, hablamos de personas cuyos padres fueron esclavos, ellos fueron esclavos, sus hijos fueron esclavos y sus nietos fueron esclavos.

Nosotros siempre nos enfocamos en los personajes absolutamente activos en la fe, y en las admirables manifestaciones divinas, pero hubo generaciones completas que no recibieron nada, ni vivieron nada especial de parte de

Dios. Creo que es bueno que los observemos para valorar mucho más lo que tenemos hoy.

Todos los seres humanos que hemos pisado esta tierra, formamos parte de una generación determinada. Algunos perteneciendo a culturas y tiempos ajenos al obrar de Dios. Es triste pasar por esta vida sin conocer las virtudes de la gracia divina. Siempre le digo a la Iglesia, nosotros somos muy privilegiados, nosotros vivimos un Pacto y un tiempo glorioso, y debemos valorarlo mucho.

Los hebreos en Egipto, fueron absorbidos por el sistema social y el poder del gobierno. Todos sabían del Dios de Abraham, porque eran descendientes del patriarca, pero nunca vieron ninguna manifestación sobrenatural. No recibieron palabras por medio de ningún profeta, y no vivieron las añadiduras de la bendición que operó en Abraham, en Isaac, en Jacob y en José.

Muchos nacieron esclavos, vivieron esclavos y murieron esclavos. Sus vidas, sus bienes, sus sueños, sus ambiciones, no fueron más que el reflejo de lo que experimentaron cada día. No tuvieron nada, ni aspiraron a nada, porque fueron parte de una generación de transición, entre una familia libre y una nación que debió recuperar la libertad.

No podemos decir que ellos fueron responsables de ese estado. El Señor le había dicho al patriarca muchos años

atrás: ***“Tus descendientes vivirán como extranjeros en tierra extraña, donde serán esclavizados y maltratados durante cuatrocientos años...”*** No había posibilidades de libertad para quienes vivieron a mitad de esos años. Solo conocían una promesa de libertad para sus descendientes, pero no para ellos. ***“Luego tus descendientes saldrán en libertad y con grandes riquezas...”***

Los esclavos conocían bien estas palabras dichas por el Señor al patriarca Abraham, y seguramente se ilusionarían con la llegada de ese tiempo de riqueza y libertad, pero muchos otros simplemente sabían que no llegarían a vivir la libertad ni las riquezas, porque los años por vivir no les alcanzarían. Aun así, y a pesar del duro trabajo, de las injusticias y el dolor de la esclavitud, los hijos de Israel gimieron y clamaron al Dios de Abraham, y lógicamente llegó hasta Él, el clamor de los hebreos (**Éxodo 2:23**).

“Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los reconoció Dios”.

Éxodo 2:24 y 25

Por supuesto, no es que Dios se había olvidado de ellos, sino que había llegado el tiempo final de la transición. Ciertamente las transiciones son duras y siempre contienen un desafío de espera y de fe. Las transiciones son un paso a un tiempo diferente y es por eso que siempre contienen un

final, pero cuando dicha transición nos contiene, tenemos que saber asumirla.

Hay procesos determinados. Hay veces que estaremos sembrando lo que comerán nuestros nietos, pero hay tiempos en los cuales el que ara, alcanza al segador y el que pisa las uvas, al sembrador (**Amós 9:13**). Lo que debemos hacer es discernir los tiempos y cumplir nuestro rol. Al final, todos somos parte de una temporada histórica y trascendente.

Es difícil ponerse en los zapatos de los hebreos en tiempos de esclavitud, pero imagino la monotonía de sus días, sus charlas con amigos, sus mesas familiares, sus noches, sus mañanas, la educación de sus hijos, y aun sus matrimonios. Nunca predicamos sobre ellos, no hicieron nada trascendente, no figuran como héroes de la fe, en el capítulo once de la carta a los hebreos. Sin embargo, ahí estuvieron, asumiendo en sus días, el dolor y la espera de la liberación.

Nosotros pareciéramos no estar asumiendo los tiempos de nuestra transición. No somos esclavos, no vivimos bajo la opresión de un sistema que nos trata con violencia. No estamos fabricando ladrillos con barro y paja para ningún faraón, pertenecemos a la vida del Nuevo Hombre, que es el Rey de reyes y Señor de los señores. ¿Qué compromiso tenemos con sistemas secundarios, religiosos e institucionales, que nos impiden acelerar los cambios para avanzar de la religión al Reino?

No somos víctimas de nada, no tengo lástima de ningún hermano. Permanecemos sin avanzar como deberíamos, tan solo por el absurdo temor a las autoridades de alguna institución religiosa. Hay muchos pastores amenazados por el sistema interno de su denominación. ¿Qué nos pasa? No es faraón con un látigo el que nos detiene, es la absurda manipulación religiosa que han ejercido por años, los que se creen dueños de la Iglesia. ¿Cuánto más vamos a esperar agazapados en el miedo?

Amados ministros en funciones, amados hermanos en todo lugar del mundo, no estoy proponiendo salir del sistema en búsqueda del libertinaje. Estoy diciendo que debemos salir en pos de la libertad gloriosa establecida por Jesucristo. Estoy diciendo que no podemos seguir atrapados a viejas estructuras religiosas por temor a los hombres. Debemos devolver el gobierno de la Iglesia al Espíritu Santo, tomar lo que nos pertenece y avanzar como el pueblo glorioso que somos.

Nadie admiraba a los hebreos cautivos, pero tuvieron temor de los hebreos libres que entraron a poseer la tierra bajo la gloria del Señor. Determinemos qué pueblo queremos ser. Durante muchos años, hemos fabricado ladrillos para el sistema, ahora debemos impartir vida a las piedras para edificar la Iglesia de los tiempos finales de esta transición. Debemos ser la Iglesia gloriosa que vela y espera activamente la llegada de Su Rey.

Yo sé que soy un ministro de transición, y tal vez por eso tengo poca paciencia para decir ciertas cosas. Tal vez es mi reloj biológico el que me dice que apure mis pasos. Lo cierto es que ya no puedo predicar con el temor de que algunos se puedan ofender. No me importa si algunos se ofenden, sé que aun tendré algunas plataformas para gritar, que debemos devolverle el gobierno absoluto de la Iglesia al Espíritu Santo de Dios.

Ya no hay tiempo para que un Moisés venga de Norteamérica para enseñarnos a ser libres. Jesucristo ya nos dejó todas las herramientas. No necesitamos una vara ungida que le abra camino al pueblo. Nosotros portamos la unción necesaria para avanzar, y si lo hacemos Dios se glorificará, y el inmundo no podrá seguir nuestros pasos.

Es cierto, estamos en un tiempo de transición, pero no tenemos la triste condena profética de permanecer en esclavitud por cuatrocientos años más. Somos libres, somos hijos del Dios Altísimo, y estamos en esta tierra para manifestar Su gloria. Nuestra transición no es el resultado de la opresión del sistema, nosotros estamos en un tiempo de cambios propuestos por Dios mismo.

Debemos pasar de la religión al Reino, debemos abandonar las estructuras institucionales, para funcionar en la dinámica del cuerpo. Debemos pasar de ser víctimas de los problemas, a ser embajadores del Reino. Debemos salir de la inmadurez demandante, a la madurez gobernante. Todo

depende de nosotros, porque Dios ya lo dijo, y está esperando a una generación que le crea, porque Él no cancela planes, solo espera generaciones que lo entiendan y que actúen bajo coherencia espiritual y criterio de juicio.

“Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles. Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad. El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas; en la morada de chacales, en su guarida, será lugar de cañas y juncos. Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad; no pasará inmundo por él, sino que él mismo estará con ellos; el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará...”

Isaías 35:3 al 8



Capítulo cuatro

Los hijos de La Transición

“Cuando todos los reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán al occidente, y todos los reyes de los cananeos que estaban cerca del mar, oyeron cómo Jehová había secado las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel hasta que hubieron pasado, desfalleció su corazón, y no hubo más aliento en ellos delante de los hijos de Israel...”
Josué 5:1

Considerando que una transición es la acción y efecto de pasar de un modo de ser o estar, a otro muy distinto del anterior, no podemos dejar de considerar el éxodo de los hebreos y la conquista de la tierra prometida. Si representa un cambio de un estado a otro, no hay nada que lo ejemplifique mejor que ese peregrinar de cuarenta años.

Ahora bien, soy consciente que esta historia está como gastada de ser utilizada para darnos el claro ejemplo de la mente de esclavo, la murmuración, la incredulidad, y el

fracaso de toda una generación, pero en este caso, quisiera podamos atravesarla a través de un enfoque diferente, porque no voy a señalar las rebeliones de los esclavos liberados, sino la postura de los hijos de la transición, porque en el desierto, se levantó una nueva generación, y fueron ellos los que entendieron la necesidad de pasar a otra estación.

Existen algunos procesos de transición, que permiten que se desarrolle el carácter divino en nuestras vidas, y eso fue precisamente lo que ocurrió con los hebreos en el desierto. Es claro que no se puede pasar de una mentalidad de esclavo a una mentalidad de conquistador, sin atravesar por ciertos tratos de Dios que nos preparen, pero la mayoría de los hebreos no logró comprender eso. Sin embargo, hubo hijos que vivieron todo, que no nacieron en esclavitud, o que la sufrieron brevemente. Hijos que estuvieron observando todo, y que fueron asimilando la necesidad de no ser como sus padres, sino de avanzar hacia la conquista.

Los tiempos de transición, siempre incluyen procesos que nos permiten asumir que no estamos en la misma posición que estuvimos antes, aunque tampoco podemos decir que estamos en el lugar deseado, lo cual nos asegura que con el tiempo, podemos llegar a un lugar diferente y mejor. Pero ¿Qué ocurre con los hijos de la transición? Ellos sabían que sus antepasados habían sido esclavos por más de cuatrocientos años, pero no habían vivido eso con intensidad.

La mayoría de estos jóvenes nacieron en el desierto, y desde su infancia vieron la nube y la columna de fuego sobre ellos cada día. Seguramente fue algo normal para ellos beber de la roca y comer del maná que caía desde el cielo. Sin embargo, también conocerían por impartición de sus mayores, muchas historias de la esclavitud y de la opresión egipcia.

Tal vez una pequeña parte de ellos, había nacido en Egipto, pero no solo no habían vivido muchos años de esclavitud, sino que habían presenciado las plagas y la gran liberación de Dios para toda la nación. Todos ellos formaron parte de esta generación que yo llamo, los hijos de la transición.

Estos jóvenes escuchaban a sus padres, murmurar contra Moisés y contra las adversidades que les generaba el diario peregrinar por las arenas del desierto. Sinceramente debe ser difícil crecer escuchando a padres quejosos y murmuradores, y aun así cultivar una mentalidad conquistadora.

Ellos escuchaban que el pasado había sido muy doloroso y malo, pero con todo eso, también escuchaban que sus abuelos y sus padres habían comido mejor que ellos, porque hacían memoria de eso, **Números 11:5 y 6** dice: *“Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los*

ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos...”

En conclusión, ellos pensarían que el pasado era muy malo, pero que el presente no era mucho mejor. Supongo que se habrán preguntado sobre el mañana y concluyeron que debían avanzar, por eso determinaron circuncidarse, aunque les pudiera causar mucho dolor.

“En aquel tiempo Dios le dijo a Josué: Hazte cuchillos afilados, y vuelve a circuncidar la segunda vez a los hijos de Israel. Y Josué se hizo cuchillos afilados, y circuncidó a los hijos de Israel en el collado de Aralot”.

Josué 5:2 y 3

Con esta acción, Dios demandó una mentalidad de pacto, credibilidad y compromiso. Lo cual puede ser fácil de decir, pero difícil de asumir para estos jóvenes. No sé cómo se realizaría el procedimiento de la circuncisión, pero es claro que no era nada parecido a lo que se realiza hoy en día. No era en instalaciones idóneas, ni lo realizaba un cirujano, ni utilizaban anestesia, o un afilado bisturí. Seguramente era un procedimiento realizado por los mayores, pero no tengo dudas que ha sido algo muy doloroso.

“A los hijos de ellos, que él había hecho suceder en su lugar, Josué los circuncidó; pues eran incircuncisos, porque no habían sido circuncidados por el camino. Y cuando acabaron de circuncidar a toda la gente, se

quedaron en el mismo lugar en el campamento, hasta que sanaron”.

Josué 5:7 y 8

Estos jóvenes, que llegaron a ser grandes hombres de fe, comenzaron a forjar una mentalidad de conquista en pleno desierto, en tiempos de transición. Ellos no abortaron el proceso tal como hicieron sus padres, más bien se sometieron y creyeron a Dios por sobre las dificultades y las monótonas experiencias del desierto. Durante este proceso de transición, no vieron en poco las cosas que Dios estaba haciendo con ellos y en ellos, por lo cual, estas cosas los ayudaron en el momento de tomar la decisión de enfrentar el pacto, el cuchillo y la batalla por venir.

Notemos que durante los cuarenta años de peregrinar por el desierto, no registra la Biblia, ninguna operación de Satanás. Solo era Dios, quién habitaba con el pueblo. Su presencia se manifestaba en el tabernáculo, el cual armaban en medio del campamento, y la nube los cubría durante todo el día, pero nada dice de ciertos ataques demoníacos.

Esto lo aclaro, porque los creyentes somos expertos en echar la culpa de todo al diablo, pero esto no siempre es correcto. Nadie puede dudar que es el enemigo fundamental de nuestras almas. Él es el adversario, eso es indiscutible, pero la mayoría de las veces, el gran problema somos nosotros mismos. Al menos eso fue lo que ocurrió con los

hebreos. Dios habitó con ellos durante cuarenta años, pero nunca cambiaron su manera de pensar.

Dios no podía permitir que intentara conquistar la tierra gente con mentalidad de esclavos. No se puede pelear con gigantes, ni emprender grandes batallas con gente pusilánime. La transición era necesaria, si Dios los hubiera llevado por el camino corto, incluso si les hubiese entregado la tierra con una victoria sobrenatural, ellos se habrían vuelto a Egipto.

“Cuando el faraón liberó a los israelitas, Dios no los llevó por el camino que va a la tierra de los filisteos, aunque era el camino más corto, porque pensó: Si van por ahí, tendrán que enfrentarse en batalla y eso puede hacerles cambiar de idea y regresar a Egipto”.

Éxodo 13:17 PDT

De hecho, aunque no tuvieron que pelear, solo bastó la inspección de los espías, para acobardarse y tratar de volver. La Biblia dice que todos gritaron y dieron voces llorando durante toda la noche, diciendo *¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos!* Luego dijeron: *“Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto...”* (Números 14:1 al 4).

Es más, lo que no hicieron físicamente, lo hicieron en sus corazones, porque **Hechos 7:39**, dice que no quisieron obedecer, sino que desecharon a Moisés, y que en sus

corazones se volvieron a Egipto. Los jóvenes fueron testigos de todo esto. Tan solo imaginemos por un momento la tremenda situación y valoremos el coraje de los hijos de la transición.

Salir de la transición implica coraje para cambios determinantes, implica enfrentar lo desconocido y traicionar la idea del entorno. Siempre que hay una transición, hay gente que no la reconocerá como tal, gente que se acostumbra a ella, o que simplemente lamenta su suerte. Pero todos los que han hecho historia, siempre han sido los atrevidos, los que le faltaron el respeto a las tradiciones, y a las ideas negativas del “No se puede...”

Hoy en día, quienes ejercemos un rol ministerial, somos parte de una generación de transición, porque al menos los que tenemos más de cincuenta años, hemos vivido diferentes etapas de cambios que se han producido en la Iglesia.

Cuando yo comencé a congregarme, recuerdo que todas las mujeres asistían a las reuniones con faldas largas hasta los tobillos, no se podían cortar el cabello, no se podían teñir, ni lucir maquillaje o arreglos de ningún tipo, porque todo era considerado como un síntoma de contaminación mundana.

Los hombres que eran ministros siempre utilizaban saco y corbata. No podían tener el pelo largo, ni usar ciertos

tipos de barba o patilla. No podían andar sin remera, ni aun en el seno de su casa, ni era bien visto que utilizaran pantalones cortos en tiempos de calor.

Nadie participaba de fiestas o celebraciones de ningún tipo, no se compartía eventos con familiares inconversos, ni con gente impía. No se escuchaba música llamada mundana, no se miraba televisión porque era la caja del diablo, no se miraba competencias deportivas, ni se participaba de ellas. No se concurría al cine, ni al teatro, ni se podía tomar un vaso de vino, o incluso comer ciertas cosas.

No se consideraba muy conveniente que los jóvenes estudiaran en la universidad, ni que pretendieran ser deportistas, políticos, militares, o artistas de ningún género cultural. Los niños no debían jugar como los demás niños, ni asistir a los cumpleaños de sus amiguitos, ni hacer nada que pusiera en peligro la pureza que debían expresar.

Las actividades de culto, eran una prioridad ineludible, las autoridades eran ciertamente abusivas, y ni aun con las mejores intenciones de ministros honestos, se podía eludir las costumbres intimidantes y manipuladoras que gobernaban la administración institucional.

Las liturgias de culto eran irrevocables y sagradas. Se controlaba con ciertas pruebas a quienes deseaban bautizarse, casarse, o servir en algún área de la congregación. La

disciplina era ciertamente abusiva y el control de la vida íntima y la familia, en muchos casos era perversa.

Cuando el pastor era más duro, más santo era, cuanto más rígido mejor pastor. La preparación bíblica y las doctrinas dejaban mucho que desear. Nadie cuestionaba nada, por lo tanto, todo lo dicho por un pastor, por más equivocado que estuviera, era incuestionable.

Los ancianos eran como el sanedrín, y en sus largas reuniones ministeriales, se tocaban todo tipo de temas que consideraban tener la autoridad de resolver. Sus determinaciones eran incuestionables y manejaban las acciones de todas las familias, inclusive de la familia pastoral.

No estoy sugiriendo que los hermanos eran malos, estoy diciendo que fueron víctimas de un sistema que los formó. Los hebreos que salieron de Egipto, no eran malos, no eran oscuramente perversos, solo eran víctimas de una horrible mentalidad de esclavitud.

Cuando alguien se convierte y llega a la Iglesia, comienza a recibir enseñanzas, comienza a ser disciplinado con una mentalidad, y con doctrinas que nadie cuestiona, porque nadie llega pensando que puede ser engañado. Eso siempre ha sido así, por lo cual, aquellos que con el tiempo, llegamos a ocupar cargos ministeriales, solo somos el

resultado de lo que se nos impartió, tanto de lo bueno como de lo equivocado.

Todos somos un poco víctimas del sistema, pero solo hasta que nos damos cuenta de que algunas cosas están mal. Si después de comprender que hay cosas equivocadas, persistimos en someternos al sistema, dejamos de ser víctimas para convertirnos en cómplices del mal.

Los hebreos fueron víctimas de la esclavitud, y Dios les tuvo paciencia, al enseñarles poco a poco Su voluntad, pero al final, terminaron pasando de víctimas a culpables, porque la mayoría, no fueron capaces de doblegarse con humildad, no se dejaron enseñar, ni guiar, ni permitieron que Dios les cambiara con Sus Palabras los paradigmas limitantes heredados de sus años de esclavitud.

El Señor les habló a los hebreos, les exhortó, les reprendió, los castigó y al final se airó con ellos en gran manera, determinando que el tiempo de transición se convertiría en la tumba de la mayoría. Aun así, Dios no canceló Sus planes, sino que esperó a una nueva generación, capaz de entenderlo y actuar conforme a lo revelado.

Algunos hermanos, que conocen mis enseñanzas, me han preguntado por qué motivo le pego tanto a los religiosos. Yo les digo que jamás haría eso. Yo no les pego a los religiosos, le pego al espíritu de la religión, le pego al

sistema, a las estructuras y a la vanidad de los necios que persisten en defender lo que deberían combatir.

Lo mismo me dijeron de los judíos ¿Cómo le voy a pegar a los judíos? Yo los amo y ciertamente los admiro. Yo señalo sus errores porque están para eso, para que nosotros podamos aprender de ellos, tanto de lo bueno que hicieron, como de lo malo. Ellos son nuestro ejemplo ¿Cómo los voy a atacar? Si la transgresión de ellos es nuestra riqueza (**Romanos 11:12**). Yo enseñó sobre ellos con mucho respeto, porque ellos son el olivo original y aunque por ahora estén endurecidos en parte, hasta que entremos la totalidad de los gentiles, ellos serán totalmente restaurados (**Romanos 11:25 y 26**).

De la misma manera amo y respeto a todos mis hermanos en la fe. No cuestiono, ni juzgo la esencia de nadie. Solo afirmo que no estoy dispuesto a ser detenido por el legalismo, la religiosidad o las estructuras institucionales. Yo respeto a toda autoridad espiritual, pero por sobre todo respeto, honro y obedezco Dios, el único Rey y Señor.

Yo creo que el Espíritu Santo, hace su obra a través de los hombres, y por eso debemos respetarnos, pero cuando vemos que algo está mal, no debemos ignorarlo, debemos tener coraje para que se produzcan las reformas necesarias para que la Iglesia se manifieste con toda plenitud.

Ser ministros de transición, nos ha quebrantado, porque muchas veces hemos tenido que asumir que enseñamos tal como nos habían enseñado y que muchas de esas cosas estuvieron mal. El quebrantamiento ha producido humildad, porque solo la humildad permite el coraje para cambios determinantes.

Los ministros de transición, hemos perdido la seguridad en nosotros mismos, porque hemos comprendido que dijimos amén a lo que estaba mal, que en alguna ocasión, hemos enseñado con errores y que hemos cambiado, que ahora tratamos de enseñar con sinceridad lo que realmente vemos y entendemos, pero tal vez, no estamos viendo todo lo que debemos ver. ¿Quién puede asegurar haber recibido la revelación de todo tal cual es?

Yo creo que la revelación es progresiva, y que nadie puede jactarse de tenerla de manera completa. Somos hijos de la transición, y lo peor que puede pasarnos es cerrarnos a los cambios. Yo sé que pueden doler estas palabras, pero es necesario que nos dejemos penetrar por la espada de doble filo. Debemos permitir que el Espíritu Santo circuncide nuestro corazón tanto como sea necesario, para presentarnos como gente de pacto, capaces de traicionar la tradición institucional y el sistema religioso, en pos de agradar al Señor.

“Y los hijos de Israel acamparon en Gilgal, y celebraron la pascua a los catorce días del mes, por la tarde, en los

llanos de Jericó. Al otro día de la pascua comieron del fruto de la tierra, los panes sin levadura, y en el mismo día espigas nuevas tostadas. Y el maná cesó el día siguiente, desde que comenzaron a comer del fruto de la tierra; y los hijos de Israel nunca más tuvieron maná, sino que comieron de los frutos de la tierra de Canaán aquel año”.
Josué 5:10 al 12

Gilgal significa círculo de piedra, significa rodar, y ahí se circuncidaron los hijos de la transición. Gilgal simbolizó un nuevo comienzo, fue donde el Señor quitó la vergüenza de la esclavitud. Es para nosotros la determinación, es el compromiso de dejar de dar vueltas de culto en culto, como se ha hecho durante varias décadas.

En ese momento el maná cesó y eso tal vez despertó el temor de muchos, que estaban acostumbrados a la provisión. Sin embargo comenzaron a comer del fruto fresco de la tierra, y esa era la bendición pretendida por Dios, que pasaran de la provisión a la fructificación efectiva.

Muchos ministros han dependido de la provisión del sistema, de la institución o la denominación a la cual han pertenecido por muchos años. Yo les aliento a soltarse de esa dependencia. No digo que deben abandonar sus instituciones, no mientras no les impidan realizar los cambios que el Señor determina por Su Espíritu. Solo les digo que hay una vida de fe inagotable y próspera para los ministros que se atreven a

vivir en fe, a conquistar la bendición de la tierra, en lugar de quejarse por la justa provisión que cada día han recibido.

La tierra nos puede otorgar los recursos de manera inagotable, pero debemos utilizar la fe. La tierra no es del diablo, ni de todos los impíos que ostentan el gobierno del sistema. La tierra y su plenitud le pertenecen a nuestro Padre y debemos prepararnos tomando derecho de administración, porque pronto viene Cristo, y nos debe encontrar gobernando con autoridad espiritual, no sometidos al sistema. Ya no somos esclavos, somos reyes y sacerdotes, hijos de una transición, pero a la misma vez, valientes y conquistadores, capaces de enfrentar el sistema con tal de vivir bajo el poder del Reino.

“Los justos heredarán la tierra, y por siempre vivirán en ella. La boca del justo imparte sabiduría, y su lengua emite justicia. La ley de Dios está en su corazón, y sus pies jamás resbalan. Los malvados acechan a los justos con la intención de matarlos, pero el Señor no los dejará caer en sus manos ni permitirá que los condenen en el juicio. Pero tú, espera en el Señor, y vive según su voluntad, que él te exaltará para que heredes la tierra. Cuando los malvados sean destruidos, tú lo verás con tus propios ojos...”

Salmo 37:29 al 34 NVI



Capítulo cinco

La Transición de La religión al Reino

“Guiaré a los ciegos por camino que no sabían, les haré andar por sendas que no habían conocido; delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz, y lo escabroso en llanura. Estas cosas les haré, y no los desampararé...”

Isaías 42:16

El Reino es el tema central de toda la Biblia, pero no siempre ha sido entendido de esa manera. Muchos han creído y enseñado que la Biblia es un libro de religión, pero ese ha sido uno de los mayores actos de violencia espiritual cometido contra el diseño divino. Incluso es lógico que Israel lo haya considerado así, porque había un sentido de preservación a través de ellos, y el Reino permaneció oculto por voluntad divina, pero con la Iglesia nunca debió ser así.

El mismo apóstol Pablo dijo que: *“el misterio ha estado oculto desde los siglos y generaciones pasadas, pero*

que ahora ha sido manifestado a sus santos...” (Colosenses 1:26). Esos siglos abarcan la historia de Israel, desde Abraham hasta que Juan el Bautista comenzó a predicar el evangelio del Reino. Por supuesto, pasando por el Éxodo y la Ley entregada a Moisés.

El Nuevo Testamento vemos claramente que el Reino es la esencia del evangelio. Jesús predicó el Reino (**Lucas 4:43**), y dijo que era necesario que se predicara en todas las naciones y solo después de eso vendría el fin (**Mateo 24:14**). La Iglesia nunca debió abandonar ese mensaje. La transición de su llegada se produjo en los días del verbo encarnado, pero no debería ser la nuestra.

La historia nos muestra que la religión mudó su poder y se infiltró en la Iglesia sepultando lentamente el mensaje del Reino. Recién entrando al tercer día de Dios, estamos resucitando nuevamente Su poder (**Oseas 6:2**), por tal motivo nos encontramos en una nueva transición, viviendo como un “*deja vu*” ligado a lo experimentado en los días de Juan el Bautista.

¿Por qué menciono a Juan como el profeta de transición entre la religión y el Reino? Bueno, porque fue el primero que expresó públicamente lo que había estado oculto durante siglos. Su mensaje fue: “*Arrepentíos, porque el Reino de los cielos se ha acercado...*” (**Mateo 3:2**), y por supuesto esto no fue muy bien recibido por los religiosos de la época.

La palabra arrepentimiento es la palabra “*metanoia*” que es un término griego vinculado con el cambio de pensamiento, de dirección o de sentido. El arrepentimiento propuesto por Juan, nada tenía que ver con los sentimientos de culpa, sino con el cambio de una manera de pensar, para abrazar una nueva manera de vivir a través del gobierno de Dios. Esto sería un volver de Adán a la mente de Cristo.

El pecado de Adán estuvo absolutamente vinculado a una manera de pensar diferente a Dios, y así han vivido todos los hombres hasta Cristo. Él es quién nos presenta la única oportunidad de los hombres de volver sobre sus ideas y aferrarse a las ideas de Dios, para pensar como Él y para vivir como Él desea. De eso se trata el Reino.

Durante muchos años, la religión estableció líneas de pensamientos asociados a la voluntad de Dios, considerando la Ley dada a Moisés. Todos los practicantes de la Ley llegaron a pensar que sus vidas estaban amparadas por la aprobación divina, pero no comprendieron que la buena voluntad de la obediencia, no podía ser acompañada por un corazón sincero.

Ese era el gran problema de los hombres, no de la Ley. Que cualquiera podía adoptar una conducta guiada por la Ley de Dios, pero lo que nadie podía, era hacerlo desde un cambio de naturaleza, con lo cual, solo eran como pecadores educados, y el problema del hombre no está ligado a su comportamiento, sino a su naturaleza.

Jesús no dijo que los religiosos se estaban portando mal, sino que eran hipócritas porque por dentro eran una cosa y por fuera expresaban otra. Incluso les dijo que eran hijos del diablo (**Juan 8:44**). Eso deja en claro un gran problema genético. El Reino no puede manifestarse en personas de buena voluntad, sino en personas regeneradas por la gracia del Señor.

Este era el gran misterio que necesariamente estuvo oculto durante siglos. Que vendría el Hijo de Dios para redimir a la humanidad, llevando en Su persona a todos los pecadores a la cruz, haciéndonos morir en Él, para resucitar al tercer día, otorgándonos una vida nueva. Esa vida nueva es la única que puede sujetarse sinceramente y en plena comunión espiritual, al gobierno divino.

La naturaleza pecaminosa es ingobernable y eso es lo que no entendieron los religiosos que se creían justos y piadosos. Juan fue la voz que valientemente anunció el fin de una era y el comienzo de una nueva estación. Quienes lo escucharon, en su gran mayoría, rechazaron su mensaje, y es lógico que así fuera, porque las transiciones son así, violentan las tradiciones y la comodidad.

“Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y su comida era langostas y miel silvestre”

Mateo 3:4

Después de cuatrocientos treinta años de silencio desde el profeta Malaquías, el Señor levantó a un nuevo profeta para abrirle camino a Cristo. Esto estaba anunciado que así sería (**Isaías 40:3**), y el Señor eligió como padre de ese profeta a un sacerdote llamado Zacarías, cuya esposa Elizabeth era estéril (**Lucas 1:5 y 6**).

La tradición indicaba que Juan, como hijo de un sacerdote, cumpliría la misma función. Normalmente los hijos de sacerdotes, eran sacerdotes, porque heredaban el derecho familiar. Tal vez Juan fue formado para ejercer esa función, pero llegado el tiempo de su manifestación, en lugar de ministrar bajo los protocolos del templo, Juan se fue al desierto para anunciar de manera transgresora, el nuevo mensaje del Reino.

Como también estaba profetizado, Juan vino *“con el espíritu y el poder de Elías”* (**Lucas 1:17**). A través de su estilo de vida y vestimenta, Juan dirigió la mente de la gente dando el mensaje a la manera de los antiguos profetas. Él fue nazareo de nacimiento, y su sencilla vida de abstinencia estaba de acuerdo con los requisitos de ese voto sagrado (**Lucas 1:15; Números 6: 3; Jueces 13: 4**).

Aunque Juan pasó un tiempo considerable solo en el desierto, no era un asceta. Aparecía cada día para predicar a todos los que se acercaban al río Jordán. Si bien en su tiempo había comunidades esenias en el desierto de Judea a lo largo de la costa occidental del Mar Muerto, no hay evidencia

histórica que respalde lo que algunos teólogos consideran de Juan, que era parte de esta secta austera que practicaba el ascetismo. En realidad, yo creo que Juan solo era un tipo raro, con las características de los profetas del Antiguo Testamento (**2 Reyes 1:8; Zacarías 13:4**), pero como mensajero de un nuevo tiempo para el mundo.

El vestido sencillo de Juan fue una reprimenda a los vestidos ostentosos de su tiempo, pero por sobre todo, era un choque formal que evidenciaba la distancia entre los sacerdotes convencionales y su misión de vida. Su atuendo era apropiado para su llamado a la reforma propuesta por Dios, porque era una ruptura a las tradiciones y era la evidencia que acompañó visiblemente el cambio de paradigma propuesto.

Al igual que su ropa sencilla, su dieta consistía en alimentos naturales, langostas y miel silvestre. Mostró que su dieta era ajena al sistema. No necesariamente porque los religiosos de la época comieran mal, sino porque en tiempos de transición, era necesario evidenciar de todas las maneras posibles que su función era de rompimiento absoluto.

Si nos imaginamos como oyentes en los días de Juan ¿Podemos asegurar que después de escucharlo nos habríamos bautizado en las aguas del Jordán? Tal vez hoy en día, nos apuremos a decir que sí, pero permítanme tener algunas dudas al respecto.

Si hubiésemos nacido como ciudadanos judíos, educados en el seno de una familia tradicional, instruidos en la Palabra desde niños, llevados a la práctica estricta de la religión ¿De verdad creemos que nos sería fácil aceptar a Juan y su mensaje innovador? ¿Podemos asegurar que escucharíamos atentamente las palabras casi violentas en boca de un hombre vestido como un hippie?

Nosotros hemos recibido la gracia del Señor, y por supuesto, Juan nos cae muy sensato y valiente, pero si hubiésemos sido judíos religiosos, no habríamos sido tan receptivos. Los mensajeros de transición, no somos fáciles de aceptar, sufrimos rechazos y críticas. No digo esto comparándome con Juan, ni elevando mi persona a su grandeza. Él terminó con la cabeza en un plato, y yo soy invitado a distintas naciones para predicar. Yo simplemente me estoy refiriendo a lo que produce la transición.

Cuando estoy frente a ministros que han vivido durante años apegados a sistemas de pensamientos teológicos, a estructuras de determinadas denominaciones, y bajo lineamientos institucionales, es lógico que realicen ciertos cuestionamientos y que sientan cierto grado de rechazo. Yo entiendo que no les resulta fácil digerir una manera diferente de ver la Iglesia y de entender el evangelio del Reino, sobre todo cuando ellos mismos han predicado otra cosa durante varios años.

Reitero este concepto porque es clave para comprender mi punto de vista. Todos los ministros del evangelio somos el resultado de una impartición, todos hemos sido instruidos durante años, y luego comenzamos a enseñar lo mismo que hemos aprendido. Todos confiamos en quienes nos han enseñado y todos creemos estar enfocados correctamente respecto de la interpretación bíblica y teológica.

Es por esto, que no es fácil ser movidos de nuestra manera de entender el evangelio. Quienes hemos cambiado por la gracia soberana del Señor, es porque al escuchar conceptos diferentes, no rechazamos todo de manera radical, sino que nos atrevimos a pensar fuera del sistema y aun con temor, recibimos, oramos y evaluamos todo, buscando con corazón dispuesto la perfecta voluntad de Dios.

Hemos vivido lo que el maestro Nicodemo vivió en sus días. Él era un maestro formado desde su juventud bajo los estrictos conceptos de la Ley. De pronto escuchó a Jesús y vibró con Su mensaje. Él tenía conocimiento escritural y podría haber rechazado el mensaje de Jesús, tal como hicieron sus pares en la sinagoga (**Lucas 4:28 y 29**). Sin embargo, aunque el mensaje golpeara de plano sus creencias, se atrevió a continuar indagando en pos de la verdad.

“Nicodemo vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”

Juan 3:2

En los días de Jesús, la gente no andaba de noche por ningún lado. Hoy tenemos luces y transportes que nos facilitan el traslado, pero en aquellos días, al oscurecer, todos permanecían en sus casas, a menos que tuvieran que salir por cuestiones muy importantes. Nicodemo lo consideró así, no solo por la trascendencia de conocer la verdad, sino para no ser visto por sus pares religiosos, a quienes seguramente les guardaba respeto y temor.

Nicodemo fue un maestro impactado por la transición. No sé durante cuantos años habrá enseñado respecto de la Ley, pero de pronto apareció Juan y luego Jesús. Todo fue trastocado en su vida. Seguramente fue conmovido por nuevos conceptos como los que le enseñó Jesús. Él podría haberse cerrado a todo, sin embargo dispuso su corazón y fue introducido al Reino.

Seguramente no le resultó fácil asumir la nueva enseñanza de Jesús, quién lo confrontó con la necesidad de nacer de nuevo para ver y para entrar al Reino (**Juan 3:3**). Ante su incredulidad, Jesús lo amonestó diciéndole que, que si era un maestro y líder de los judíos, debería tener en claro esta cuestión (**Juan 3:10**). Igualmente Jesús le explicó más claramente el Reino para que pudiera entender. Cuando hay un corazón entregado, el Señor siempre está dispuesto a revelar sus diseños.

La próxima vez que encontramos a Nicodemo en la Biblia, él está actuando en su cargo oficial como miembro del

sanedrín, cuando enviaron a algunos alguaciles del templo para arrestar a Jesús, pero regresaron porque no fueron capaces de hacerlo (**Juan 7:32 al 52**). Los alguaciles fueron recriminados por los fariseos en autoridad, pero Nicodemo presentó la opinión de que Jesús no debería ser rechazado o condenado hasta que lo hayan escuchado personalmente diciendo: “*¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho?*” (**Juan 7:51**). Esa es la opinión de un maestro de transición, de alguien que simplemente está dispuesto a escuchar y evaluar sensatamente. Sin embargo, el resto del concilio rechazó de manera grosera la sugerencia de Nicodemo. Al parecer ya habían tomado una decisión respecto a Jesús, aun sin haberlo escuchado lo suficiente, porque así son los que rechazan los tiempos de transición. Estos combaten todo lo que no entienden, pero tampoco quieren escuchar. Simplemente rechazan todo cambio aunque pueda porvenir de Dios.

La última mención de Nicodemo en la Biblia está en **Juan 19**, después de la crucifixión de Jesús, donde lo vemos ayudando a José de Arimatea en la sepultura de Jesús. Se describe a José en el evangelio de Mateo como un hombre rico, y en **Marcos 15:43** como miembro del concilio. **Lucas 23:50 y 51**, dice que José era justo y no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos respecto a Jesús, por lo cual no es de extrañar que Nicodemo terminara con él.

Es más, **Juan 19:38** describe a José de Arimatea como un discípulo de Jesús, aunque tuvo que hacerlo en secreto

porque tenía miedo de los judíos. José pidió a Pilato el cuerpo de Jesús, y el maestro Nicodemo trajo 75 libras de especias para preparar el cuerpo para el entierro y luego ayudó a José a envolver el cuerpo y ubicarlo en la tumba. La enorme cantidad de especias para el entierro, parecería indicar que Nicodemo estaba honrando a Jesús mucho más allá de considerarlo un buen hombre.

Es evidente que llegó a creer en su mensaje. Nadie se arriesga y honra de tal manera a un mentiroso. No tenemos registro de qué ocurrió después, pero en base a todo esto, hacemos bien en considerar que Nicodemo logró pasar de la religión al Reino.

Es cierto que para lograr algo así en plenitud, es necesaria la obra completa de la gracia, pero no hay dudas que más allá de la elección soberana, estos hombres se la jugaron. Lo hicieron los que escucharon y se bautizaron con Juan. Lo hicieron los que dejaron todo para seguir a Jesús, por creer en Su mensaje y sin dudas debemos hacerlo, todos los que asumimos la adversidad, con tal de abrazar nuevas dimensiones de la verdad divina.

Lamentablemente hoy en día, no son muchos los ministros del evangelio que predicán con amplitud todo el mensaje del Reino. Cuando hacen referencia al Reino de Dios, solo lo mencionan pero no logran explicar qué es en realidad el reino de Dios. Por ello muchas personas conocen

el reino de Dios sólo por su nombre, pero no por causa de su realidad espiritual.

En realidad, muchos no saben a ciencia cierta qué es exactamente el Reino de Dios, ni cómo opera hoy en día. Muchos enseñan que entraremos en él cuando nos alcance la muerte, y otros creen que solo se manifestará cuando venga el Señor, pero pocos comprenden que la Iglesia ya tiene el derecho y la autoridad para vivir el Reino. Nosotros ya tenemos un Rey, y deseamos hacer Su voluntad. Es cierto que en Su venida disfrutaremos de la plenitud del Reino, pero hoy, ya vivimos en parte sus generosas virtudes.

Algunos predicán el evangelio, haciendo hincapié principalmente en la salvación, como si ese fuera el asunto central de la obra, pero no es verdad. La salvación es lo primero que recibimos y la condición necesaria para avanzar al propósito, pero no es el objetivo final, sino el motivo que nos permite vivir el Reino y abrazar sus verdades.

Si leemos cuidadosamente las escrituras, desde el mensaje de Juan el Bautista, hasta el mensaje de Juan de Patmos, no encontraremos ni siquiera un solo versículo que nos diga que la meta del evangelio es fundamentalmente que las personas vayan al cielo. En lugar de ello, en casi cada una de las enseñanzas encontraremos que se nos dice claramente que la meta central del evangelio es el Reino. La intención de Dios con respecto al evangelio no es que las personas sean

salvas y se vayan al cielo, sino más bien que sean salvas para entrar en el Reino, y traer el Reino a la tierra.

Cómo maestro de transición, debo decir enfáticamente que lo que la Biblia nos muestra claramente que el evangelio del Reino no tiene por objetivo primario llevarnos a vivir sobre una nube toda la eternidad. Hay una gran diferencia entre vivir el Reino y tener esperanza de recibir una casita en el cielo para vivir en paz con toda la familia.

Todos los cristianos sabemos que por medio del evangelio hemos obtenido el perdón de los pecados, la paz con Dios mediante ese perdón y la justificación en Cristo. Todos sabemos de la vida recibida, de la reconciliación y de la posición de hijos que recibimos. Seguramente también sabemos que el Espíritu Santo habita en nosotros, y nos capacita con toda clase de dones, talentos y capacidades espirituales. Sin embargo, todo esto cobra verdadero sentido dentro del fundamento del evangelio que es el Reino de Dios.

El libro de los Hechos, revela que después de la resurrección, el Señor Jesús habló con Sus discípulos específicamente acerca del Reino por espacio de cuarenta días (**Hechos 1:3**). Luego en el Pentecostés los discípulos anunciaron el evangelio del Reino en Jerusalén y por toda la región (**Hechos 2; 8:1 al 4; 14:22**). En la Iglesia apostólica siempre el mensaje del evangelio de la gracia era el Reino (**Hechos 20:24 y 25**). De hecho, el último versículo del libro de los Hechos dice que el apóstol Pablo estaba *“predicando*

el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento” (Hechos 28:31).

Lamentablemente, hoy en el cristianismo esta luz del Reino ha sido anulada y sepultada por un evangelio en función de resolver los problemas de la gente y salvarlos. Incluso quienes deberían tener certeza de su salvación, llevan años y años tratando de conseguirla. Creen que la vida con Cristo es sufrir la menor cantidad de adversidades posibles y recibir al final del camino, un pasaporte al cielo, pero no tienen ninguna proyección bajo el gobierno divino.

Quienes piensan así, no se dan cuenta que el evangelio de Dios nos salva para el Reino. La Biblia revela claramente que la meta central, principal y más importante del evangelio de Dios es el Reino. Esto no debería ser extraño, ni motivo de una transición. Fue el mensaje apostólico del primer siglo. Sin embargo, y por causa de haberse diluido en el tiempo, es necesario que lo recobremos asumiendo las reformas necesarias.

*“Tuyos son, Señor,
la grandeza y el poder,
la gloria, la victoria y la majestad.
Tuyo es todo cuanto hay
en el cielo y en la tierra.
Tuyo también es el Reino,
y tú estás por encima de todo”.*

1 Crónicas 29:11

Capítulo seis

De gobierno presencial A gobierno espiritual

“Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.

Hechos 1:8 al 11

Durante su ministerio, Jesús escogió a doce hombres para que sean sus discípulos. No fueron los únicos discípulos que tuvo, ya que los evangelios nos permiten saber que llegó a tener unos setenta discípulos más, aparte de los doce

(**Lucas 10:1**). Él los entrenaba y los enviaba a predicar con poder, otorgándoles Su autoridad y Su unción.

Este grupo de setenta hombres que le seguía, lo abandonó cuando se ofendieron por algunas enseñanzas de Jesús (**Juan 6:66 y 67**). Él no titubeó por tal cuestión, incluso le preguntó a los doce si ellos también deseaban irse, pero Pedro le respondió: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*.

A pesar de conceptos tan exactos, expresados por Pedro en ocasiones como esta, no podemos decir que tenían en claro lo que estaba ocurriendo. O por ejemplo cuando estuvieron en la región de Cesarea de Filipo, y Jesús les preguntó a sus discípulos ¿Quién dicen ustedes que yo soy? Y Pedro acertadamente también contestó: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente...”* (**Mateo 16:16**). Esto fue una revelación recibida y a pesar de los elogios del maestro y de las llaves de autoridad que le entregó, los discípulos no estaban comprendiendo quién realmente era Jesús.

Ninguno de los discípulos tenía en claro lo que Jesús estaba haciendo. Esto es lógico, porque la formación cultural de todo judío estaba basada en la venida de un Mesías salvador. No como salvador de las almas en condenación, sino como un rey poderoso, que obraría igual que David, que estaría respaldado y conducido por la unción, para liberar al

pueblo de los romanos y llevar a Israel a ser nuevamente una gran nación.

Los judíos no consideraban la llegada del Mesías como una promesa para su religión, sino para su gobierno. De hecho, para ellos las Escrituras es un libro que contiene la historia y el porvenir de Su nación, bajo la operación divina. Ellos fueron y son una nación muy religiosa, pero la llegada del Mesías ellos la esperaban para una completa restauración nacional, y no para ser librados de la condenación eterna.

Los Profetas, quienes escribieron cientos de años antes del nacimiento de Jesús, tuvieron la visión de una era mesiánica como un período de paz universal, en la que la guerra y el hambre serían erradicadas, y la humanidad aceptaría la soberanía de Dios. Además consideraban que la era mesiánica atestiguaría una resurrección general de los muertos, la reunión de todos los judíos en Jerusalén, un juicio global y la paz universal. Lo cual ciertamente ocurrirá en lo que para nosotros será la segunda venida de Cristo.

Algunos judíos creían que el Mesías sería un descendiente directo del rey David, basándose en la interpretación de la promesa de Dios a David respecto de un reino eterno (**Samuel 2:7**). Otros consideraban que además sería acompañado por un poderoso sacerdote, para lo cual, algunos esperaban al Profeta Elías, quién había sido arrebatado sin conocer muerte.

El ministerio de Jesús sanando a los enfermos, levantando a los muertos o proclamando la inminencia del reino de los cielos, sugería que sus seguidores lo veían como alguien designado por Dios para traer consigo la era mesiánica, pero no comprendían como sería eso. No lo veían atacar con desprecio a los romanos.

Los discípulos estaban todo el día con Jesús, de hecho ese era el principal motivo del llamado (**Marcos 3:14**), y cada vez que hacía algo transgresor o desafiante, se llenaban de emoción, pero cuando actuaba piadosamente se llenaban de confusión. No entendían muy bien sus enseñanzas y tampoco consideraban la crucifixión como un sacrificio de redención.

De hecho Juan el Bautista, quién lo anunció, lo reconoció y lo bautizó, terminó enviando a sus discípulos a preguntar si realmente era el Mesías (**Lucas 7:18 y 19**), porque él había atacado duramente el pecado de los gobernantes y lo menos que esperaba del Mesías era su apoyo incondicional, sin embargo él estaba preso y Jesús seguía hablando de amor.

Sus doce tenían expectativas de conquista. Incluso discutían entre ellos sobre posiciones futuras. Eso no lo hacían pensando en un cargo eclesiástico, sino en una posición de gobierno. Aun cuando la madre de los hijos de Zebedeo le pidió a Jesús una posición de privilegio para sus

hijos, no estaba pensando en el cielo, sino en la casa de gobierno (**Mateo 20:20 al 27**).

Ellos creían estar cerca de una revolución, no de una Iglesia evangélica. Es más, cuando Pedro expresó que Jesús era el Cristo, Él mismo les dijo **“Sobre esa roca edificaré mi Iglesia...”** (**Mateo 16:18**), y no se estaba refiriendo a una institución religiosa, ya que la palabra Iglesia, solamente utilizada tres veces por Jesús, es la palabra **“Ekklesia”**, que significa más precisamente **“asamblea”**, esto es un grupo de personas y era justamente la palabra que se utilizaba para denominar a la reunión que realizaban los gobernantes para definir los destinos de la nación.

Todo les hacía pensar a los discípulos que eran parte de un plan de revolución nacional. Ser apóstoles, tampoco era la denominación de un cargo eclesiástico. La palabra **“apóstol”** es la palabra **“apostolos”** que significa delegado, comisionado, embajador, enviado, alguien que realiza con autoridad una misión de representación gubernamental. Este término nada tenía que ver con lo que hoy algunos consideran respecto de un apóstol, por eso Jesús los llamó apóstoles y ni siquiera estaban convertidos.

Jesús les había dado autoridad (**Marcos 3:15**), pero la conversión vino con la vida nueva, y eso solo pudo otorgárselos después de la muerte y resurrección. Es decir, ellos operaron durante los tres años que estuvieron con Jesús

de manera natural y bajo autoridad delegada, pero ninguno de ellos fue lleno del Espíritu Santo, sino hasta el pentecostés.

La falta de entendimiento de los discípulos y la impericia para realizar ciertas tareas, fue por la carencia de verdadera vida espiritual. Ellos siguieron a Jesús por convicción y por determinar obediencia, pero aun los motivos no les fueron claros hasta que pudieron entrar en el Nuevo Pacto.

Es por esto que se equivocaban, y es por esto mismo que ante la llegada de los romanos, Pedro sacó la espada para pelear y los demás salieron corriendo asustados. Tal vez Pedro pensó que el tiempo de la confrontación había llegado, pero los demás indudablemente no lo habían entendido así. Luego, durante las torturas a Jesús y la crucifixión, ellos fueron terriblemente impactados, porque no esperaban algo así. Ellos tenían la esperanza de que en algún momento Jesús se revelaría con poder.

Cuando la gente comenzó a señalarlos y a decir que ellos habían estado con Jesús, se asustaron mucho, no por causa de sus creencias espirituales, sino porque sabían que podían ser acusados de rebelión contra el estado judío, o contra los mismos romanos. En esa época esas rebeliones no eran una cuestión de simple oposición, sino causal de muerte, y Jesús fue la evidencia de ello.

Días después de la crucifixión, los discípulos aún seguían escondidos y asustados, porque estaban en el peor momento de la transición. ***“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”*** (Juan 20:19 al 22).

Llegó el tiempo del que Jesús les había hablado, y que ellos no habían entendido. La resurrección era un hecho consumado y por primera vez, Jesús pudo brindarles Su sangre y Su Espíritu. Jesús les había prometido que no los dejaría huérfanos y que enviaría Su Espíritu para que hiciera morada en cada uno de ellos.

“Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros”.

Juan 14:16 y 17

Jesús les sopló de Su Espíritu y se apareció a ellos más de cuarenta días con pruebas indubitables de Su resurrección

(Hechos 1:3), y no solo a ellos, sino a más de quinientas personas **(1 Corintios 15:6)**. Un nuevo tiempo había llegado, y todo parecía comenzar a aclararse. Los discípulos empezaron a entender lo que había ocurrido, y se les estaban haciendo luz, cada una de las enseñanzas que el Señor les había impartido durante los últimos tres años.

De pronto, se llenaron de fe y de coraje, se les fue el miedo a los judíos y a los romanos. Ellos simplemente estaban dispuestos a todo, por eso preguntaron a Jesús si era el tiempo de avanzar, pero Jesús les dijo que todavía no, que primero debían recibir poder de lo alto **(Hechos 1:8)**. La pregunta sería: ¿Acaso no habían recibido ya al Espíritu Santo cuando Jesús sopló sobre ellos? La respuesta es sí. El Espíritu ya estaba en ellos, pero todavía era necesario que ellos estuvieran en el Espíritu, para lo cual les faltaba ser sumergidos en Él, o recibir el bautismo del Espíritu Santo.

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen...”

Hechos 2:1 al 4

Ahora sí, creo que ese momento sublime ha sido algo extraordinario. Supongo que los ciento veinte, luego los tres mil y más tarde los cinco mil nuevos creyentes, no solo recibieron vida, sino que fueron llenos de poder de lo alto. Entre ellos, los apóstoles, quienes estaban siendo empoderados para un tiempo de expansión que se venía.

De pronto, y cuando todos ya estaban imaginando esa expansión de la mano de Jesús, llegó el impacto de la ascensión. Lo cual los volvió a desorientar un poco, pero a diferencia de cuando Jesús les fue arrebatado por los romanos, ahora los discípulos estaban llenos del Espíritu Santo.

“Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían” (Marcos 16:19 y 20). También consideremos el pasaje paralelo escrito por Lucas: ***“Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios” (Lucas 24:50 al 53).***

Es sorprendente en esta ocasión, que Lucas nos describa a los discípulos quedar llenos de gozo después de que el Señor se había alejado definitivamente de ellos.

Estaban viviendo la transición más desafiante que los creyentes hayan vivido jamás, porque pasaron del gobierno presencial del buen pastor, que estaba cada día con ellos, al gobierno del Espíritu Santo quién sería de ahí en más, el único que estaría con ellos cada día.

Cualquiera se aventuraría a pensar que lo lógico hubiese sido que los discípulos quedaran desconcertados y tristes. En realidad, el mundo que los rodeaba no había cambiado en nada, los religiosos estaban enfurecidos y roma por pedido de los judíos los miraba con cierto recelo. Jesús se había ido al cielo y ya no volvería. Además, la tarea que les había encomendado de llevar el evangelio hasta el fin del mundo, predicándolo a todas las naciones, parecía una tarea difícil de concretar, porque Jesús ya no estaría con ellos diciéndoles que hacer en todo momento.

¿Cómo les fue posible no llenarse de temor y de tristeza? Bueno, evidentemente ellos no se sentían abandonados, ni tampoco creían que Jesús se hubiera distanciado de ellos a un cielo inaccesible y lejano. Llegaron a comprender que Jesús estaba aún más cerca de ellos que antes de Su ascensión. De hecho, ahora no estaba con ellos, sino en ellos, y ellos no estaban con Él, sino que habitaban en Él. Eso fue y sigue siendo lo más glorioso de la transición del Reino.

Jesús había prometido: ***“Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”*** (Mateo 28:20). Esto por un

momento, pareció una promesa incumplible, pero de pronto, se tornó en una extraordinaria realidad espiritual. Esta promesa se cumplió de manera diferente a lo que los discípulos habían creído, pero llegó a ser más real y efectiva de lo que ellos pudieron imaginar, y no solo fue así para ellos, sino para todos los que hemos sido alcanzados por la gracia del Señor.

Esto es glorioso y efectivo, porque en los días de Su carne, Jesús ocupó una dimensión terrenal y no pudo moverse como el ser omnipresente que siempre fue. En los días de Su carne, solo estaba en un lugar y con algunas personas. Sin embargo, en Su ascensión, y al impartirse por Su Espíritu en cada renacido, Su presencia manifiesta se expandió por toda Su Iglesia. Esa fue la gran transición.

Es decir, Dios está en todo tiempo y lugar, pero Su unción solo está presente en sus hijos. De la misma manera, en los días de Su carne, Jesús fue el único ungido, aunque el Padre nunca dejó de ser Omnipresente. Hoy en día, Dios sigue manifestando Su Omnipresencia en toda Su creación, pero la Iglesia es la única portadora de la unción. Y dentro de sus hijos esa unción, es más notoria en algunos que en otros, dependiendo de qué manera logren guardar su comunión espiritual.

La ascensión de Jesús es clave, porque esa fue Su exaltación, porque si bien es cierto que subió al cielo, esto significó su vindicación como Hijo de Dios y también su

entronización a la diestra de la Majestad en las alturas, donde se le otorgó toda autoridad en el cielo y en la tierra (**Efesios 1:20 y 21**).

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre...”

Filipenses 2:9

La comprensión de su ascensión y Su exaltación es clave para la revelación del poder que actúa en nosotros. Cuando no entendemos esto, actuamos como simples creyentes que participan de reuniones de culto, cuya única misión de vida, es tratar de estar bien, resolver problemas domésticos y alcanzar la vida eterna. Esto es lamentable, porque no solo nos desorientan los problemas que no podemos terminar de erradicar, sino que vivimos ignorando la supremacía de Cristo.

Hoy vemos a muchos cristianos faltos de gozo, reclamando que Jesús intervenga en sus vidas, pero en realidad solo padecen la falta de revelación. Lo que hizo posible el gozo y la adoración de los discípulos, a pesar de ver al pastor alejándose de ellos, fue la revelación del Nuevo Pacto y las virtudes del mismo, no el hecho de que no volverían a tener problemas. Por el contrario, para ellos los problemas estaban comenzando a manifestarse con más violencia que nunca.

La verdad es que se suele conceder poca importancia a la ascensión de Cristo en comparación con Su muerte en la cruz y Su resurrección, sin embargo, este hecho es altamente significativo, porque fue el momento de la transición más trascendente que los seres humanos experimentaron, y aún podemos vivir cada creyente en esta tierra.

Es interesante notar que la expresión que encontramos en Marcos, “*fue recibido arriba en el cielo*”, es traducida en otras versiones como “*fue llevado al cielo...*” Donde la atención se coloca en el hecho de que fue el mismo Padre quien llevó a su Hijo hacia sí, como la prueba más contundente de que encontraba plena complacencia en la obra que el Hijo había consumado. Y es por eso que lo exaltó a lo sumo.

Además, la Biblia nos dice que una vez que el Señor Jesucristo efectuó la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, ascendió y se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas (**Hebreos 1:3**). Y es precisamente este detalle, el que nos asegura su intercesión efectiva, y nuestra permanencia y bendición en los lugares celestiales (**Efesios 1:3**).

Su ascensión permitió la venida del Espíritu Santo a la vida de todos los creyentes, y eso es imprescindible para terminar la obra de la redención absoluta, ya que la cruz fue una obra consumada en el Calvario, pero la muerte diaria de nuestra vieja naturaleza y la madurez espiritual hacia la

plenitud del Nuevo Hombre, es una obra solo posible por la operación del Espíritu Santo en nosotros.

El Espíritu Santo es el encargado de aplicar a nuestras vidas los efectos conseguidos por la obra de Cristo. Él nos instruye, nos trae convicción, nos guía, nos advierte, nos revela la perfecta voluntad del Padre y nos empodera con Sus dones, talentos, y capacidades, así como también hace posible que fructifiquemos de manera genuina.

La ascensión de Cristo no sólo señala su triunfo sobre el pecado y su vindicación como el Hijo de Dios, también le coloca en una nueva posición de gloria como Cabeza de la Iglesia. El apóstol Pablo lo describe así: ***“Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”*** (Efesios1:22 y 23).

Esto solo fue posible después de Su muerte, resurrección y ascensión. Cuando Jesús caminó con sus discípulos en los días de Su carne, no había Iglesia, por tanto ellos no eran el cuerpo y Él no era la cabeza, estaban juntos, pero no en perfecta unidad. La transición de un gobierno presencial a un gobierno espiritual, hizo posible el funcionamiento de este glorioso diseño.

La ascensión de Jesús, puso fin a su ministerio terrenal, pero dio comienzo a un nuevo ministerio como perfecto Sumo Sacerdote, abogado representante, e intercesor de

nuestras vidas. Desde entonces Él ejerce desde la diestra de la Majestad en las alturas, el rol más extraordinario y glorioso para nosotros que somos Su Iglesia.

Desde entonces, Él está en nosotros y nosotros estamos en Él. De esa manera Él nos representa en el cielo y nosotros lo representamos en la tierra. Nosotros en Él, tenemos acceso al Padre, pero Él en nosotros tiene acceso a Su creación. Él nos representa en el cielo, nosotros somos sus embajadores en la tierra. Nosotros en Él hablamos con el Padre, pero Él en nosotros puede hablar con toda la gente.

Esa fue la gloriosa transición que vivieron los discípulos y que debemos comprender nosotros. Esa es la transición, hacia el Nuevo Pacto. La encarnación de Jesús trajo a Dios a los hombres, por eso fue llamado “Emanuel”, que significa Dios con nosotros, pero Su ascensión llevó los hombres a Dios, y esa es nuestra garantía irrevocable.

A partir de Su encarnación, Jesús no sólo es Dios, sino que también es hombre (**Juan 1:14**), y no ha dejado de serlo (**1 Timoteo 2:5**). Cómo tal, Jesús fue entronizado a la diestra del Padre. Es decir que en la gloria hay un hombre en todo tiempo. Y lo más extraordinario de esto, es que Él retendrá Su humanidad glorificada para siempre.

Cuando leemos atentamente el libro a los hebreos, parece que su autor no cabía dentro de su asombro cuando trataba de explicar que quien había sido coronado de honra y

de gloria, era precisamente un hombre llamado Jesús, quién por medio de Su encarnación se hizo un poco menor que los ángeles, pero que fue coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos nosotros (**Hebreos 2:9**).

Estoy seguro también, que todos los seres celestiales, no pudieron esconder su asombro el día en el que el Señor Jesucristo regresó al cielo con Su nueva naturaleza humana. Esa naturaleza que Él asumió en su encarnación. Entendamos que Él cumplió nuestra condena, nos redimió, nos justificó y nos dio Su vida. Él fue el primer Hombre que entró en la gloria del cielo, y lo hizo para sentarse en el lugar de máximo honor y dignidad, que es el mismo Trono de Dios.

Con este acto, Jesucristo se convirtió en nuestro precursor, abriendo el cielo para que todos los alcanzados por esta maravillosa gracia, podamos tener acceso al Padre, no solo por Él, sino en Él. En la revelación de esta gracia, no solo para el día de nuestra ascensión, sino para la diaria comunión con el Padre y la expresión de Su vida.

Debemos adorar a Dios, porque nos ha llevado de creer en Él, a vivir en Él. No sólo nos salvó de la condenación eterna, sino que nos brinda Su vida, posicionándonos en Él para manifestar una vida llena de gracia y de Su plenitud. Esa es la más hermosa de las transiciones experimentada por los hombres, y nosotros somos parte de ella.

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo, por gracia sois salvos, y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús...”

Efesios 2:4 al 7



Capítulo siete

De lo institucional a La vida del Cuerpo

“Pues la iglesia es el cuerpo de Cristo, la plenitud de Cristo, que es quien lleva todas las cosas a Su plenitud”.

Efesios 1:23 DHH

Cuando no es Dios obrando en nosotros, se producen las destructivas intervenciones humanas. Dios siempre se ha placido en interactuar con los hombres, pero una y otra vez nos ha enseñado que todo lo efectivo y que todo lo fructífero proviene de Su voluntad, no de nuestros diseños. De hecho, el gran pecado de los seres humanos es justamente obrar fuera de Su voluntad.

En la gracia de la creación Edénica, el Señor otorgó a los hombres todo lo necesario para un gobierno efectivo. Sin embargo, el árbol de la ciencia del bien y del mal, no es otra cosa que pensamientos independientes y ajenos a la sabiduría divina. Esto no significa que Dios no nos deje pensar, o que nos obligue a pensar como Él. Por el contrario, el mundo está como está, justamente porque Dios permite que el hombre

elija su propio destino. Lo cual demuestra Su amor y Su paciencia, pero además evidencia lo absolutamente auto destructivo que es el ser humano.

La Iglesia no ha sido una excepción. Todo diseño aun la Iglesia que es celestial, es afectada por la indebida participación humana. Es decir, la Iglesia es un diseño divino, es creada por Dios, edificada por Dios, manifestada en Él y efectiva solo en Su obrar. Esto no quita que la gracia soberana de nuestro Dios, nos permite interactuar con Él, tomar decisiones y ser parte de Su esencia.

Nosotros no hicimos un Pacto con Dios. El Nuevo Pacto es un Pacto entre el Padre y un solo hombre llamado “Jesucristo”. Nosotros por la gracia, somos introducidos a la vida del Hijo, que es el Nuevo Hombre, el cual se expresa a través de un cuerpo y ese cuerpo es la Iglesia. Nosotros somos miembros de ese cuerpo y Cristo mismo es la cabeza. Lo que debemos hacer, es recibir el suministro de Su vida y ejecutar Su perfecta voluntad.

Lamentablemente y de manera histórica, muchos hombres, luego de ser introducidos al Pacto por la gracia Soberana, se han creído con el derecho de proclamarse como cabezas de autoridad dentro de la Iglesia. Ellos han tomado decisiones, y han establecido como normas ideas que Dios nunca propuso. Esos hombres, algunos conscientes, y otros inconscientes del daño que pueden causar, han generado

desde los primeros siglos, tremendas desviaciones doctrinales en la Iglesia.

Muchos procuran hoy en día, trazar sus antecedentes procurando alcanzar la llamada iglesia primitiva o pionera. Por supuesto, todos citan la sucesión apostólica, como un argumento válido que respalde sus raíces. Diferentes instituciones religiosas argumentan sus derechos de llamarse o considerarse la Iglesia verdadera.

La Iglesia Católica Romana, hace esta afirmación. La Iglesia Griega Ortodoxa, hace esta afirmación, algunas denominaciones Protestantes hacen esta afirmación, la mayoría de los cultos “Cristianos” hacen esta afirmación. Pero en realidad ¿Quién puede atribuirse el título de iglesia pura o verdadera?

Yo no trataré de probar algo así como cuál es la Iglesia verdadera, porque estaría actuando al igual que todos ellos. Solo estaría utilizando mi parecer y mi orgullo para dar una respuesta supuestamente acertada. Sin embargo, sí deseo exponer mi punto de vista respecto de esta cuestión, no para descalificar, o para calificar a las diferentes instituciones llamadas por los hombres como “Iglesias”, sino para exponer el gran problema con el que lidiamos ante Dios.

La Iglesia verdadera y pura, no es de manera absoluta, ninguna, y a la misma vez, puede que una parte de todas. No hay muchas iglesias para Dios. Él observa y solo tiene

comuni3n con una. l no trata con muchas instituciones religiosas, sino con un cuerpo, que es nada menos que el de Cristo. Dios solo puede ver la Iglesia en él, porque fuera de él, no existe ninguna Iglesia verdadera.

Es decir que para Dios, la esencia de la Iglesia está en cada uno de los renacidos en Cristo, quienes han recibido la gracia de Su vida y manifiestan una medida de Su expresi3n. La Iglesia es el Nuevo Hombre y el Nuevo Hombre es Cristo, qui3n se expresa a través de Su Espíritu, manifestado en los renacidos hijos de Dios.

“Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separaci3n, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades”.

Efesios 2:14 al 16

El Nuevo Testamento, no es el Nuevo Pacto, sin dudas anuncia y contiene al Nuevo Pacto, pero este, reci3n comienza luego de la muerte y resurrecci3n de Jesucristo. La Iglesia naci3 por la sangre derramada y la vida del Espíritu. La transici3n a la nueva vida, es el resultado de la gracia soberana, no de la elecci3n de los hombres. Ese viejo concepto de que nosotros aceptamos a Jesús como Señor y salvador de nuestras vidas, ha sido ciertamente muy dañino.

El nuevo nacimiento, es nacimiento no es elección. Todos estábamos muertos en delitos y pecados (**Efesios 2:5**). Los muertos no eligen, nosotros por la gracia soberana fuimos escogidos en Cristo y recibimos Su vida, la cual nos permite ver y entender la perfecta voluntad de Dios. Nosotros no lo encontramos a Él, porque Él no estaba perdido. Los perdidos éramos nosotros y fuimos encontrados por Él, quién por gracia nos otorgó Su vida.

La iglesia en sus primeros días, fue formada por hombres y mujeres de procedencia judía, los cuales en muchos casos, venían con una fuerte formación religiosa. También fue formada por muchos gentiles, que llegaban sin ningún conocimiento Escritural, respecto del Dios de los judíos, incluso llegaron con las más diversas creencias adoptadas en el paganismo.

La Iglesia pura y verdadera, no era de judíos ni de gentiles, ni de esclavos, ni de libres, ni de varones, ni de mujeres (**Gálatas 3:28**). Simplemente era la vida del Nuevo Hombre expresada en seres humanos escogidos por la gracia soberana.

Siempre ha sido así, la iglesia pura siempre estuvo y siempre fue, pero los hombres, también han sido parte y cada vez, que metieron sus ideas y sus razonamientos, algo afectaron para mal. Ningún tiempo encontró a la Iglesia absolutamente libre de esto. Aun así, la Iglesia no solo

prevaleció a través de los siglos, sino que se manifestará con poder en los días finales, antes de la venida del Señor.

La admirada Iglesia del primer siglo, tenía a los llamados apóstoles del Cordero, y a Pablo, y a hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo, pero también tenía a religiosos judaizantes que no pudieron romper sus paradigmas, y que no comprendieron la transición al Nuevo Pacto como algo absolutamente radical.

Si para nosotros es difícil comprender que el Nuevo Pacto está contenido en el Nuevo Testamento y se nos hacen ciertos líos doctrinales, imaginemos a los santos del primer siglo, que no tenían más que el Antiguo Testamento, manejado por los que decían conocerlo, que eran solamente judíos fuertemente influenciados por la religión.

El apóstol Pablo fue uno de ellos, pero su gran virtud, no estuvo relacionada con su conocimiento escritural, sino a la revelación de Cristo. Tal vez su conocimiento le permitió acceder a interpretaciones más profundas, pero no fue eso lo que lo llevó a Cristo, al contrario, recordemos que él estaba persiguiendo despiadadamente a los cristianos.

Luego, sus expresiones, nos permiten comprender lo que pensaba de la formación religiosa: *“Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que*

es en la ley, irreprochable. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Filipenses 3:5 al 10).

Por su parte, el mismo apóstol Pedro, quién había sido discipulado por Jesús durante tres años intensivos, y quién fue lleno del Espíritu Santo, de tal manera, que los enfermos se sanaban tan solo al ser tocados por su sombra, tuvo actitudes judaizantes, al punto en que Pablo, tuvo que exhortarlo públicamente por su error (**Gálatas 2:11 al 14**).

Nadie puede considerar que Pablo no era de Dios, o que Pedro no era la Iglesia pura y verdadera. Incluso nadie podría juzgar al primer concilio apostólico realizado en Jerusalén (**Hechos 15:1 al 35**). Más allá de la necesidad manifiesta en la postura de algunos de sus miembros, no podemos decir que no eran de Dios.

Todo concilio, todo líder que alguna vez introdujo un poco de su levadura a la verdad de Dios, pudo ser

legítimamente un renacido, y bien pudo ser la Iglesia verdadera, lo cual no quita su error y su daño.

Todas las estructuras creadas en la Iglesia después del tercer siglo, dando paso a la Iglesia católica romana, también estuvieron expresadas entre hombres inconversos, y cristianos de buena fe. Una línea de vida espiritual fue contenida a través de los siglos, en todas las etapas de la Iglesia, por más oscura que haya sido. Es por eso que llegó el día de la reforma y en ese tiempo, hubo hombres capaces de producir una transición hacia la verdad.

No hay dudas que en toda la historia de la Iglesia llamada católica romana, incluso hasta nuestros días, hay vida verdadera en algunos hijos de Dios. Así también, en las diferentes líneas ortodoxas ocurre lo mismo, y en las muy diversas líneas protestantes, plagada de denominaciones diferentes, hay líneas de vida verdadera, así como también hay simples religiosos que no hacen más que expresar puro humanismo.

¿Qué quiero decir con esto de líneas de vida verdadera? Bueno, que más allá de las estructuras humanas y perversamente religiosas, siempre han sobrevivido, los verdaderos hijos de Dios, que según donde estuvieron o donde están, han sido contaminados, o incluso atrapados por el error involuntario, por las falsas doctrinas impuestas por sus líderes, o por las estructuras de legalismo impuestas por ciertas denominaciones.

Lo que quiero expresar con firmeza, es que la Iglesia verdadera, no es una denominación determinada. Es cierto que algunas tienen doctrinas bien alineadas a la Palabra, pero ninguna puede atribuirse la pureza total. Es por esto, que yo enseño sobre el temor y la humildad que debemos tener todos los ministros del evangelio, porque es tiempo de entregarle el gobierno de la Iglesia al Espíritu Santo y permitir que Él nos guíe a toda la verdad y la esencia de Cristo (**Juan 16:13 al 15**).

Hace unos años ya, que vengo gritando en toda plataforma posible, que lo institucional tiene que caer. Si queremos la plena expresión de la vida de Cristo, que es nada menos que la Iglesia pura, debemos asumir que toda estructura de pensamiento humano, que Dios no estableció, debe caer por tierra. Esto aunque sea más evidente, no es exclusividad del catolicismo de Roma, dentro de la iglesia evangélica hay tremendas estructuras de religiosidad.

Cuando digo que lo institucional tiene que caer definitivamente, me refiero al rol espiritual que pretenden ocupar. Tal vez puedan funcionar como entes administrativos, pero no como si en realidad fueran la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo de Cristo, no las estructuras de una denominación determinada.

Yo me considero un ministro de transición, porque desde mi conversión, vengo experimentando una lenta salida de las estructuras establecidas por la religión, y un claro

avance a nuevas dimensiones de las verdades reveladas por el Espíritu. Lo cual tampoco es una exclusividad personal, sino que esto lo venimos viviendo con muchos ministros interesados por expresar la verdad del evangelio del Reino.

Por supuesto, toda transición produce problemas, y así como muchos podemos dejar atrás viejas estructuras y avanzar a la verdad, muchos otros son engañados por falsas unciones, o el apuro de cambiar lo que no entienden desde la revelación, produciendo males peores.

Por ejemplo, el movimiento apostólico fue recobrado por la Iglesia a través de la obra del Espíritu Santo. Tal cosa era necesario, porque si pretendemos una Iglesia formada desde una mentalidad apostólica como la de Pablo, es necesario que la comprensión venga por medio de un apóstol y no de un pastor, porque sus cartas fueron apostólicas, no pastorales como algunos suponen.

Por otra parte, los apóstoles de hoy, no son llamados a poner nuevos fundamentos en la Iglesia. Eso es absurdo, los fundamentos de un edificio es lo primero que se hace, no lo último. No se pueden poner fundamentos sobre un edificio que lleva más de dos mil años de edificación. Los apóstoles de hoy, solo deben interpretar correctamente los fundamentos apostólicos puros y verdaderos de la iglesia pionera.

El apostolado, no es un cargo de autoridad eclesiástico institucional. Eso es otro concepto absurdo, los apóstoles, al

igual que los pastores, evangelistas, maestros o profetas, deben ser el resultado de un llamado divino. El nombramiento apostólico sobre hombres reconocidos por la gente o la institución, es falso y solo produce descrédito y nuevas estructuras.

Algunos pastores, se han auto reconocido como apóstoles, porque dicen que los miembros de su congregación, les dicen apóstoles y que tal reconocimiento es la evidencia de su apostolado. La mayoría de las veces eso es absolutamente falso. La gente no tiene idea de lo que es un apóstol, solo lo han escuchado y pretenden honrar a su pastor asignándole lo que ellos creen que es un mayor rango de autoridad, pero no es así como funciona el diseño del Reino.

En la institución a la cual pertenezco, se nombraron apóstoles porque juntaron firmas, y las presentaron a las autoridades como prueba de que realmente eran apóstoles. Esto demuestra un increíble grado de ignorancia de parte de los pretendientes al cargo, pero lo que es peor, es que las autoridades accedieron al nombramiento y los terminaron ungiendo públicamente.

Por otra parte, algunas denominaciones han nombrado apóstoles a algunos pastores, por sus trayectorias, o porque tienen varias obras a su cargo, pero eso también puede ser falso, porque la trayectoria no determina un llamado, y varias obras pueden ser tranquilamente el resultado laboral. De hecho religiones carentes de vida como el mormonismo, o los

testigos de Jehová, pueden tener muchas obras, y eso nada significa para Dios.

El apostolado no es un cargo de autoridad mayor para los líderes, por el contrario, el apóstol no se ubica sobre los hermanos, sino debajo de ellos. Un apóstol es un servidor de todos, no el jefe de todos. Observar cómo se ha entendido lo apostólico, nos permite comprender lo que ocurre con muchas otras cosas. Algunos se niegan rotundamente al cambio, otros cambian porque reciben clara revelación del tema, otros cambian porque pretenden ser novedosos, aunque no saben muy bien de qué se trata, y otros no saben ni por qué están cambiando, pero no quieren quedarse atrás.

Los peores enemigos de una transición, son los que dicen cambiar, pero no están entendiendo el cambio. Estos no solo no logran avanzar, sino que atrasan a otros generando descrédito. Hay denominaciones que se niegan a reconocer apóstoles o profetas hoy en día, y se niegan, no solo por el temor que les generan los cambios, sino porque han pensado así por muchos años, y luego escucharon sobre el movimiento apostólico como una novedad, expuesta en manos de ignorantes que se dicen apóstoles y no lo son. De los que dicen ser profetas y no lo son, evidenciando la falsedad a través de conductas imprudentes o directamente pecaminosas.

El movimiento profético es una realidad en la Iglesia, y la Iglesia en esencia debe ser profética, si es que desea ser

guiada a los destinos divinos, pero hay profetas que avergüenzan con sus imparticiones. Los actos fallidos, y los errores no admitidos en tiempo y forma, han causado mucho daño. Es cierto que la infalibilidad profética es antiguo testamentaria, porque el Espíritu tomaba al profeta, pero no lo habitaba, ni interactuaba con él, pero eso no justifica las barbaridades que algunos han profetizado en los últimos años. Barbaridades que no se han cumplido y que tampoco se han reconocido como errores, de los cuales tendrían que haber pedido perdón.

Yo soy maestro, pero enseñar sin reconocer que la enseñanza misma ha evolucionado a nuevas dimensiones es un absurdo. Esto implica que años atrás enseñé algunos conceptos, tal como los conocía, pero ante la evidencia de cambios traídos por el Señor, tuve que modificar mi manera de pensar y modificar mi enseñanza al menos en esos puntos. No reconocer esto es la evidencia de simple orgullo.

La mejor manera de respaldar un cambio es con sinceridad. Yo sé que es más fácil hacer silencio que reconocer errores cometidos, pero eso no ayuda a la transición de los cambios necesarios.

Un hombre en la oscuridad de la noche, en el medio del campo, puede ver una pequeña luz que se acerca en el horizonte. Puede pensar que es otro hombre que viene caminando con una linterna en su mano, luego puede notar que la luz está más lejos de lo imaginado y pensar que es

alguien en motocicleta que viene por el camino. Luego la luz se va acercando y ve que en realidad no era una luz, sino dos, y piensa que tal vez es un auto, luego las ve más grandes y piensa en una camioneta, o en un camión. Al final se da cuenta que es su vecino conduciendo un tractor que viene tirando un carro con maíz. En definitiva el avance de la luz determina la comprensión y la verdad. Sería absurdo que el campesino aun cuando ve a su vecino, y aun cuando el sol se ponga en alto demostrando la verdad, siga diciendo que la luz en el horizonte es la de una linterna, en la mano de un caminante.

Hay cosas que tal vez las vimos desde lejos, porque no escudriñamos en ellas. De hecho, tal vez no tuvimos la luz suficiente para comprenderlas antes, pero a medida que el tiempo pasa, que el Espíritu Santo nos va alumbrando el entendimiento, es absurdo no cambiar. Hay pastores que todavía guardan enseñanzas rancias, pero bueno, como las recibieron hace muchos años, las siguen defendiendo y creen que haciendo eso, logran conservar sanas sus doctrinas.

Debemos ser conscientes que las diferencias que hemos evidenciado nos han hecho mucho mal, y que ante tantas diferencias, es necesario asumir muchos errores, porque Dios es uno solo y Su Palabra también. Debemos pasar de lo institucional al cuerpo. Las vestiduras visten el cuerpo pero no son el cuerpo. Las instituciones han vestido a la Iglesia, porque son lo primero que la gente ve, pero en realidad no son la Iglesia, y si queremos que el mundo vea el

cuerpo, debemos quitarnos la vestidura que Dios no mando ponernos.

Las denominaciones han sido la hojita de Adán, y no podemos presentarnos con esas vestiduras ante el Señor, y tampoco deberíamos procurarlas ante la sociedad actual. Estamos en un tiempo de transición y si queremos llegar a la expresión de la vida, debemos despojarnos de las obras muertas y de las palabras muertas. La unción es la vida de la Iglesia y su único vestido es la gloria del Señor.

Tampoco habrá una transición efectiva, hasta que todos avancemos hacia la luz de la verdad revelada. Es cierto que nadie puede atribuirse la verdad absoluta, excepto una sola persona: “El Espíritu Santo”. Y Él está en nosotros para darnosla a conocer. Solo debemos escucharlo con humildad y en el silencio de una comunión profunda, para que nos guíe y nos corrija todo lo necesario.

Todos los ministros debemos priorizar esos tiempos de intimidad con Dios, de lo contrario no podremos decir, que estamos ejerciendo bien nuestra tarea.

“Por lo tanto, busquen primeramente el gobierno de Dios y el hacer lo que es justo delante de Él y todas las cosas les serán dadas por añadidura”.

Mateo 6:33 PDT

Capítulo ocho

Transición escatológica

“Por eso estoy completamente seguro de que el mensaje de Dios que anunciaron los profetas es la verdad. Por favor, présteme atención a ese mensaje, pues les dirá cómo vivir hasta el día en que Cristo vuelva y cambie sus vidas. Pero, antes que nada, deben saber que ninguna enseñanza de la Biblia se puede explicar cómo uno quisiera. Ningún profeta habló por su propia cuenta. Al contrario, todos ellos hablaron de parte de Dios y fueron guiados por el Espíritu Santo. Alma...”

2 Pedro 1:19 al 21 BLS

Voy a ser breve en este último capítulo, pero no podía dar un cierre a este libro sin incluir este tema, porque lo considero de gran importancia, y veo que en este tiempo de transición lo estamos padeciendo.

La escatología es la parte de la teología que estudia el destino último del ser humano y el universo, o como se dice comúnmente “Los tiempos finales”. Mi enfoque es

fundamentalmente por el gran tema de la segunda venida de Cristo. Tema que es absolutamente trascendente para la Iglesia y ciertamente estamos evidenciando gran confusión.

La segunda venida de Cristo y la plena manifestación de Su Reino, se menciona proféticamente más de quinientas veces en el Antiguo Testamento y más de trescientas veces en el Nuevo Testamento. Aclaro también mi entendimiento respecto del Reino, porque creo que es importante comprenderlo para este tema de la segunda venida de Cristo. Yo creo que el Reino, ya fue establecido por el Señor en su primera venida, creo que a través de Su redención, la Iglesia ya puede vivir bajo el gobierno de Dios y eso es Reino.

Como hijos de Dios, recibimos una nueva vida, que a diferencia de nuestra vieja naturaleza, esta puede ser gobernada por el Señor a través del Espíritu Santo y la vivificación de Su Palabra. Creo que todavía vivimos en un cuerpo de muerte, pero ya podemos manifestar una vida de Reino y debemos hacerlo en todo ámbito que podamos hasta la venida del Rey, cuando nos alcance todo lo perfecto.

La segunda venida del Señor, manifestará el Reino con toda plenitud en el mundo entero. Mundo que hoy, excepto la iglesia, está bajo las influencias del maligno, pero que ese glorioso día, todo ojo le verá y toda rodilla se doblará, delante del Rey de reyes y Señor de los señores. El vendrá con juicio y con gloria, para llenar la tierra con Su plenitud.

Este tema es un problema para la Iglesia de hoy, porque tenemos muchas diferencias al interpretar esos acontecimientos finales. Hay muchas líneas doctrinales que yo explico más detalladamente en mi libro titulado “El resplandor de Su venida”. Libro en el que también aclaro que esta de la segunda venida de Cristo, no es una doctrina fundamental, y por lo tanto las diferencias no producen condenación, y no deberían separarnos. Aun así, las considero de gran importancia y tenemos la responsabilidad de ir encontrando puntos de acuerdo.

Hoy en día, los medios de comunicación, han cobrado en la Iglesia una gran trascendencia. Hace algunos años atrás, los hermanos solo escuchaban la enseñanza de su pastor, o de algunos ministros invitados que, generalmente enseñaban la misma línea doctrinal que el pastor local, pero hoy en día, todos pueden escuchar todo y eso nadie puede evitarlo.

El problema de escuchar todo, o de tener acceso a otras enseñanzas, es que los hermanos están escuchando posturas muy diferentes sobre algunos temas, y uno de esos temas es el de los tiempos del fin. Por tal motivo, creo que es necesario que los ministros evaluemos las diferencias y comencemos a trabajar en ello.

Personalmente he tenido la oportunidad de hablar sobre este tema con decenas de pastores y ministros amigos. He procurado conversar sobre los tiempos finales y la venida del Señor, pero descubrí, que un gran porcentaje de ellos, no

había indagado jamás sobre el asunto y muchos habían adoptado una postura, según le enseñaron en el instituto de su denominación, o según habían aprendido de sus pastores, pero nunca habían dedicado tiempo de calidad a profundizar sobre el tema.

Yo no tengo problema con eso, porque comprendo la tarea pastoral, y las cargas que el ministerio produce. Sé que no siempre se tiene el tiempo para profundizar en temas tan controversiales. Pero ahora, la cosa va cambiando, porque creo que estamos en tiempos de transición y realmente, me parece necesario que nos detengamos a escudriñar las Escrituras, con mayor profundidad al respecto.

Todos los hermanos, pueden ver claramente, que el ambiente espiritual de esta sociedad actual, está cambiando rápidamente y está manifestando claramente la dirección hacia el establecimiento de un Nuevo Orden Mundial, que no es otra cosa que, el ámbito de expresión del gobierno del anticristo. Ya estamos viviendo cosas, muy claras y evidentes. La agenda globalista ya no es un secreto. Esto está despertando las alarmas en muchos hermanos y están expresando la necesidad de comprender estos asuntos.

Quienes me conocen, saben que llevo adelante la tarea de enseñar, en la EGE, que es la Escuela de Gobierno Espiritual. Una escuela con más de cincuenta módulos que han sido dados en diferentes provincias de Argentina y en otros países en los que el Señor me ha permitido ministrar.

En una ocasión, determiné hacer un módulo sobre la segunda venida del Señor, pero me encontré con una tarea mucho más complicada de lo que pensaba. Yo preparo los módulos, un par de meses antes de darlos por primera vez, y procuré lo mismo con este tema. Sin embargo, no solo no pude hacerlo en esa ocasión, sino que me demandó tres años de estudio, preparar este tema para darlo con una clara convicción.

Yo creía tener muy en claro el tema, ya que también había estudiado anteriormente, pero nunca me había entregado a evaluar, profundamente cada punto de vista al respecto. Esto me implicó, leer varios libros, cartillas de estudio, escuchar mensajes, mirar videos, etc. Pero no para tomar la enseñanza y listo, sino para verificar en la Palabra, cada uno de los puntos de vistas expuestos por los diferentes pastores o maestros.

Debo reconocer que leí y escuché las enseñanzas de hombres de Dios, que respeto muchísimo y que nada puedo opinar sobre sus ministerios, admiro a muchos de ellos en su sabiduría y dedicación. Sin embargo, determiné desestimar toda opinión personal y verificar todo, sin tomar ninguna postura, ni a favor, ni en contra de ninguna línea doctrinal. Solo quise leer, escuchar y verificar en la Palabra, de qué manera ellos fundamentaban sus enseñanzas.

Me sorprendí, al encontrar que muchos de los versículos utilizados, para respaldar algunas posturas, no

decían claramente lo que ellos pretendían. Reitero, no juzgo a nadie por esto, yo no soy quién para hacer algo así, solo deseo contarles, sobre las muchas posturas diferentes que hay sobre el tema y la necesidad que tenemos de evaluar cuidadosamente cada detalle.

Debo confesar que yo mismo eludí muchas veces este tema, no solo porque es difícil para estudiar, sino porque tenía en claro las controversias que podía generar. En tal caso, es mejor para muchos, no meterse en problemas, evitando ser cuestionados, y eso se consigue tan solo con guardar silencio. Yo confieso que no pude hacer tal cosa, fue necesario para mí involucrarme de manera responsable, y por supuesto, no he podido evitar algunas críticas, pero al menos estoy intentando debatir abiertamente el tema, porque creo que eso es lo que necesitamos.

Por ser un ministro de transición, nunca ha sido para mí un problema, ser cuestionado por alguna enseñanza. Siempre que haya algo para decir, es imposible que eso no ocurra. Yo no pretendo enseñar agradando a todos, si logro algo de eso mejor, pero aun así estoy dispuesto al rechazo. Lo que no puedo aceptar es el silencio o la resignación. Creo que hoy, más que nunca estamos frente a la necesidad de intercambiar conocimientos respecto de algunos temas como el de la segunda venida de Cristo y los tiempos del fin.

Yo no pretendo que los demás acepten mi postura al respecto, lo que digo es que he estudiado bastante el tema y

que hoy por hoy, trato de respaldar mi conocimiento con las Escrituras, lo cual no me libra de errores. Es por eso que ruego que todos los ministros puedan estudiar sobre el tema y leer sobre las diferentes posturas escatológicas. Luego que podamos crear mesas de debates, no para discutir, sino para intercambiar opiniones ante la presencia del Señor, con oración y ruegos al Espíritu Santo, quién es el único que puede darnos claridad y certeza sobre cada cuestión.

El apóstol Pablo dijo: *“Ahora vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de manera imperfecta, pero entonces conoceré tal y como soy conocido”* (1 Corintios 13:12 NVI). Yo concluyo, que si el apóstol Pablo, visitando el tercer cielo y viendo cosas inefables dijo esto ¿Qué queda para nosotros? ¿Acaso podemos decir que estamos claros en todo?

Respecto de la segunda venida de Cristo y los tiempos finales, puedo asegurar que las diferencias son muchísimas. Esto evidencia que no tenemos muy en claro el asunto. Creo que durante muchos años esto pudo considerarse como algo aceptable y bastaba con aspirar a la buena convivencia a pesar de toda diferencia, pero en estos tiempos, creo que no tenemos margen para tantas divergencias.

Si queremos hacer las cosas bien en estos tiempos tan cruciales, todos los que desarrollamos un rol ministerial, debemos tener la humildad de presentar ante Dios, todo lo

que tenemos por cierto y seguro, permitiendo que el Espíritu Santo nos enseñe y nos corrija si es necesario.

La evidencia de esta indispensable humildad, debe manifestarse en las reuniones ministeriales, los consejos pastorales y las mesas apostólicas, donde debemos intercambiar opiniones en sanos debates, sin discusiones, sin necedades y sin orgullo espiritual o religioso.

En ocasiones y sin desearlo, el tema ha surgido en alguna charla con pastores amigos. Es muy curioso he impactante cuando alguno, después de consultar mi punto de vista, reaccionan con cierto enojo o fervor incontenible. Argumentan su punto de vista con cierta exaltación y en tales casos es mejor el silencio para no terminar discutiendo acaloradamente.

Esto no debería ser así, tendríamos que tener la capacidad de hablar, de intercambiar opiniones sin enojarnos por escuchar algo diferente. Tampoco deberíamos defender nuestra postura, tal como si fuera la conclusión respecto de un determinado club de futbol. Yo siempre digo que todo fanatismo es pecado, porque no contempla sabiduría.

Cuando las personas discuten y se pelean por defender a su equipo favorito, no hacen más que actuar neciamente, porque ninguno tiene razón. O mejor dicho razón pueden tener todos, porque la razón es el don del pensamiento, pero ninguno de ellos está razonando con la verdad. El punto de

vista de los simpatizantes fanáticos siempre contiene desequilibrios emocionales.

Nosotros podemos defender con todo fervor las doctrinas fundamentales, porque esas no deben ser cambiadas ni negociadas por nada. Sin embargo, en cuanto a las doctrinas periféricas, como la de la segunda venida de Cristo, tenemos que aprender a explicar y a escuchar atentamente evaluando todo concepto diferente.

Yo considero, que si Cristo viene antes de la tribulación, durante la tribulación o después de ella, no nos debe resultar lo mismo, porque la preparación de la Iglesia para tal evento, puede ser buena, mala o fatal. Es por eso que los ministros debemos hacernos responsables, porque enseñar mal en este tiempo de transición, puede producir resultados muy desastrosos.

Una cosa es enseñarles a los hermanos que deben estar preparados, porque Cristo vendrá a buscarlos para llevarlos sobre las nubes mientras se viene la tribulación, y otra muy distinta, es prepararlos para enfrentar los tiempos de adversidad que se vienen sobre la tierra. Debemos definir esto, porque las consecuencias de una mala enseñanza pueden ser fatales.

Imaginemos que se viene una guerra sobre nuestra nación. No es lo mismo decirles a los ciudadanos que preparen las valijas porque nos llevan a una isla del caribe

hasta que pase la guerra, a decirnos que preparemos las armas porque hay que pelear hasta morir. ¡Cuidado amados consiervos! Estamos en tiempos de transición y nuestras enseñanzas no son inocentes, debemos prepararnos bien, intercambiar opiniones y renunciar a las fortalezas mentales, a los argumentos religiosos y a las altiveces intelectuales. Amor, humildad, y temor de Dios, es todo lo que necesitamos para la buena gestión ministerial en tiempos de transición.

“Escuche esto el sabio, y aumente su saber; reciba dirección el entendido, para discernir el proverbio y la parábola, los dichos de los sabios y sus enigmas. El temor del Señor es el principio del conocimiento; los necios desprecian la sabiduría y la disciplina”.

Proverbios 1:5 al 7



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

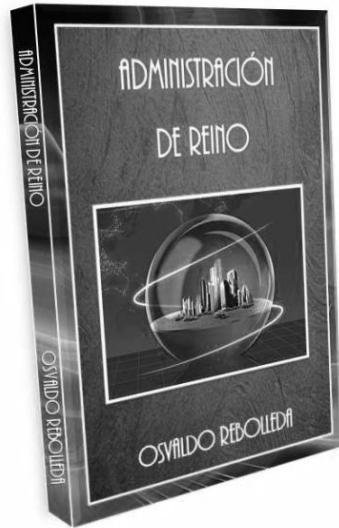
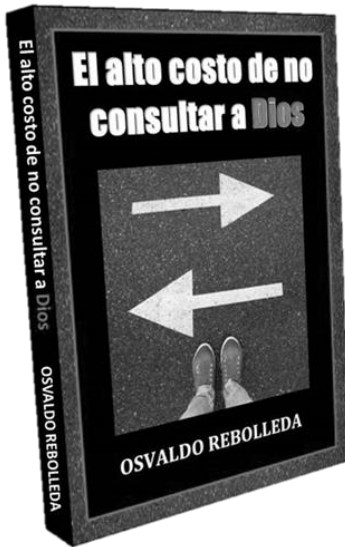
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

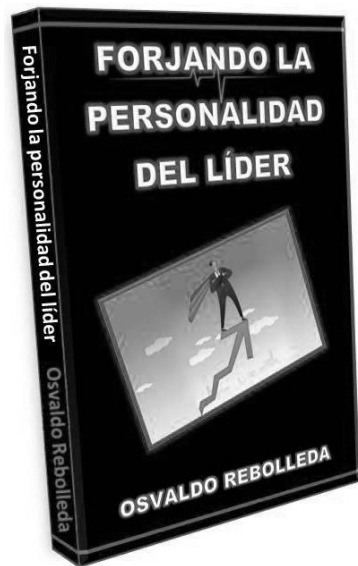
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

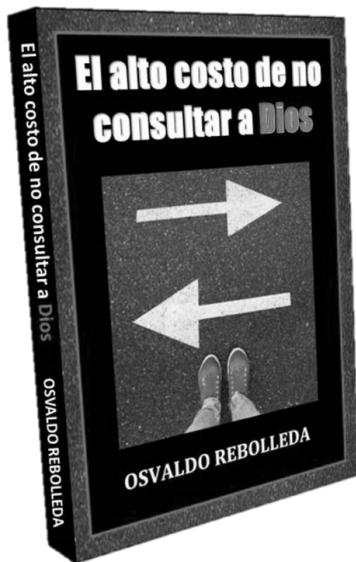


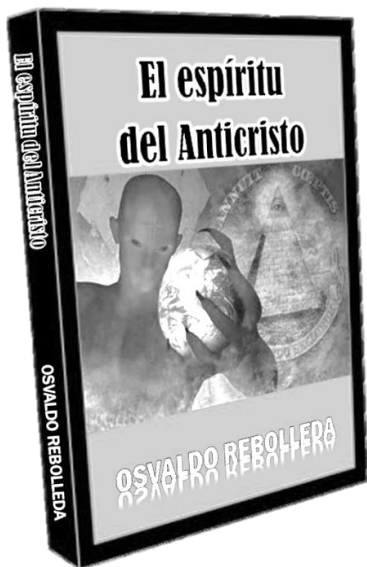
www.osvaldorebolleda.com



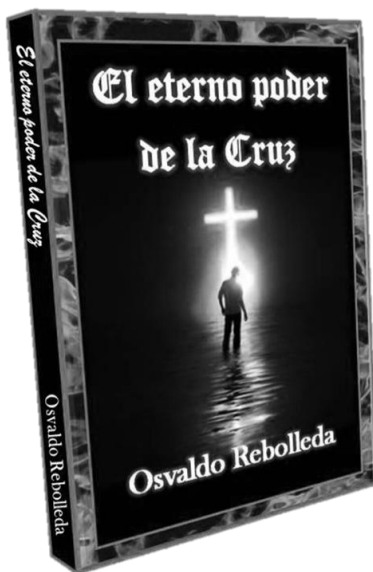
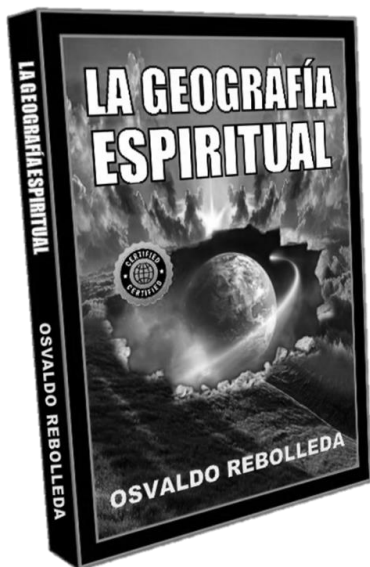


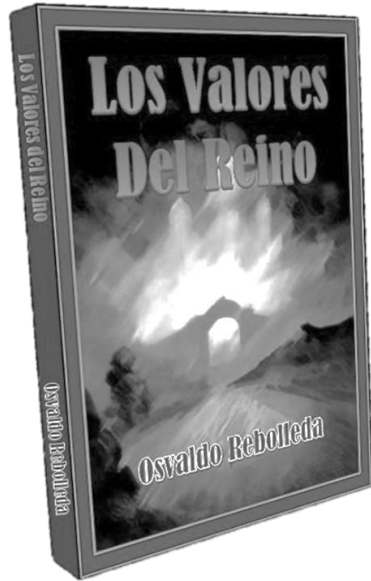
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

